

LA NOVELA SEMANAL

Dirección y Administración

Calle 13 número 252 B.
Bogotá - Colombia
Teléfono 17-40

Director
Luis Enrique Osorio

Suscripción anual \$ 2.40
Suscripción Semestral 1.20
Ejemplar 0.15
Número atrasado . . . 0.10

Jefe de Redacción: Bernardo Arias Trujillo.

DIRECCION TELEGRAPICA: SEMANAL

NUMEROS 70 y 71 | Bogotá, 30 de mayo de 1924 | Tercera Serie

LUIS ENRIQUE OSORIO

LA CULPABLE

Comedia dramática en tres actos y en prosa.

Se estrenó en el Teatro Municipal de Bogotá en la noche del 19 de abril de 1924, con la Compañía Dramática Colombiana.

REPARTO:

<i>Violeta</i>	Nora del Real.
<i>Flora</i>	Beatriz Valet.
<i>Pedro</i>	Pedro Gallardo.
<i>Héctor</i>	Ernesto Hidalgo.
<i>Moncho</i>	Enrique Vidal.
<i>Garza, Duque del anís</i> . . .	Roberto Estrada Vergara.
<i>El Tuesto</i>	Roberto Rubens.

La acción en Bogotá.—Epoca actual.

A LOS INTERPRETES:

Si esta obra sincera merece vivir, que su nombre vaya siempre unido al de ustedes, que crearon conmigo un solo optimismo y un solo corazón para ofrecerla al pobre público extranjerizado de la ex-Atenas chibcha, coronando así uno de los más modestos pero patrióticos esfuerzos para iniciar la implantación del teatro genuinamente colombiano.

EL AUTOR

PRÓLOGO

(Héctor por delante del telón).

Señora y señores:

Tras este lienzo vais a ver la realidad exprimida lo mismo que una fruta madura. El autor no ha hecho más que recibir el jugo agridulce de la copa de su fantasía.

Quien todo queréis verlo con la máscara del convencionalismo y el prejuicio hallaréis esta obra demasiado desnuda, como la modelo apasionada de un escultor.

No obstante, nada hay aquí que no se halle en vuestros corazones vivo o latente. La vida es un reflejo de nuestra alma, y por eso la miseria social es un arroyo turbio que copia nuestra imagen.

Para que aquí todo sea vuestro y no os extrañe, no miréis en la farsa hombres sino símbolos, pedazos de vuestro corazón.

Imaginad que vuestro corazón se despedaza sobre el tablado, y que cada fracción de él es un ser humano que llora o que ríe.

PRIMER ACTO

(Habitación de un hotel de mala muerte. Puerta a la derecha y balcón a la izquierda. Al foro una cama ancha y sucia. En el ángulo de la derecha una cómoda; en el opuesto, un biombo tras del cual se ve el umbral de una puertecita practicable. Mesa en el centro. Sillas de paja).

(Al levantarse el telón Violeta y Pedro se hallan recostados, cada uno en un extremo del lecho y vueltos de espaldas. Oyense golpes en la puerta).

VIOLETA.- *(sentándose y restregándose los ojos).* Están golpeando.

PEDRO.- *(medio dormido)* ¿Mhmmm?

VIOLETA.- Que están golpeando... yo no abro levántate tú.

PEDRO.- ¿Qué horas serán?

VIOLETA.- Bonita pregunta. Ya se te olvido que habías trasteadido hasta con el despertador para el Banco Prendario.

(Golpean más fuerte)

PEDRO.- Cuando será que no se despierta de mal humor mi fierecita... *(La abraza)*

VIOLETA.- Déjame... estaré para cariños ahora... con el hambre que tengo.

Pedro se levanta y abre la puerta. Entra el Tuerto, un sirviente desarrapado, con una escoba en la mano y un papel en la otra. Habla con el tono nasal y decaído de los calentanos de tierra adentro.

CRIADO.- *(Entregando el papel).* Que la señora... que... que aí les manda.

PEDRO.- *(Recibiendo).* Dígale que está bien.

VIOLETA.- *(Salta del lecho en desabillé, echa mano a un cupido que está en la cabecera y va con él a ocultarse detrás del biombo diciéndole)* Pobrecito mío... ¿qué tal noche pasó?... ¿de quién son esos ojitos? *(Lo cubre de besos).*

PEDRO.- (*Al tuerto*). Váyase. ¿Qué espera?

CRIADO.- Que... que ella dice que... quesque no quiere no más que lo lea... sino que... que si le manda la plata.

VIOLETA.- (*Detrás del biombo*). Qué pereque está poniendo esa vieja. ¡Uy!

PEDRO.- Dígale que mañana.

TUERTO.- (*Indeciso*). Es mejor que... le mande ora, porque... endespués la paga es con uno... dice que es que... que uno no les cobra... y que... que tiene que pagar la casa y que...

PEDRO.- ¡Qué demonio de vieja! ¿Estará pensando que le vamos a robar? Vaya dígale que está tratando con gente.

TUERTO.- Mqm... Eso dígaselo usté... yo aí cumplio con traerles lo que ella me dio... y con decirles lo que ella me dijo... que... que si no le mandaban plata que... que le fuera esocupando que...

PEDRO.- Pues si quiere por las malas que nos desahucie. Tendremos quince días para vivir a sus costillas... ¡Diablo de vieja! Cuantas veces tendrá que repetirle que no tengo más que este cheque para cobrar el mes entrante... ¿Qué culpa tengo yo de que nadie me pague?... que guarde ella el cheque si es tanto la desconfianza. (*Se lo tira por la cara al criado*).

TUERTO.- (Cogiendo el cheque y saliendo). Bueno. Yo a ver como no... yo aí se lo entriego y le digo que... que... que...

(*Mutis del Tuerto, renegando en voz baja. Violeta reaparece con un trajecito de percal*).

VIOLETA.- ¡Qué bárbaro! ¡Cómo le vas a mandar ese cheque falso!

PEDRO.- Si no fuera falso no se lo mandaba.

VIOLETA.- Puede maliciar y preguntarle a alguien.

PEDRO.- Cualquiera le explica a esa vieja bruta lo que es un cheque falso. Y mientras llega la fecha de cobrarlo pueden suceder muchas cosas.

VIOLETA.- Muchas cosas... Yo no sé qué es lo que piensas hacer. ¿Hoy tampoco comemos?... En la tienda ya no nos fían ni un terrón de azúcar... ¿Me sigo apretando el estómago?... Di: ¿qué piensas hacer?

PEDRO.- ¿Yo? Plata.

VIOLETA.- Sí. Con los brazos cruzados.

PEDRO.- Qué ganas de molestar, caramba. ¿No te dije ya que el Moncho debe venir hoy a trabajar? ¿Qué estamos consiguiendo el ácido que nos hacía falta?...

VIOLETA.- (Con súbita alegría). ¿A qué hora vendrá el Moncho?

PEDRO.- No debe tardar... Puede ir preparándolo todo... ¿Hay plomo?

VIOLETA.- Apenas para unas dos moneditas... Lo que falta es alcohol. Ve a conseguirlo.

PEDRO.- ¿A dónde? Como no empeñe la fe del bautismo... Pídele al tuerto. Ese por darte gusto es capaz de ir a robárselo.

VIOLETA.- Le pedí ayer y me dijo que la vieja lo tenía todo debajo de llave.

PEDRO.- ¿Qué hacemos entonces?

VIOLETA.- Aguardar a que llegue el Moncho. Puede que él esté en fondos.

PEDRO.- ¿No hay nada qué comer?

VIOLETA.- Ah, sí: un huevo que me robé ayer en la cocina... pero está crudo.

PEDRO.- No importa.

VIOLETA.- (*Yendo al estante de la cómoda*). La yema para mí.

PEDRO.- Me comería aunque fuera la cáscara.

VIOLETA.- Lo puse aquí, donde no lo fueran a ver. (*Abre la cómoda, tira de un trapo y el huevo cae al suelo*). ¡Ay, mamita!

PEDRO.- ¡Sea usted ladrón para esto!

VIOLETA.- ¡Y tan ilusionada como yo estaba! No me lo quise comer anoche para tener hoy con que desayunarme. (*Zapatea como una niña y pone la cabeza contra la pared lanzando reniegos lloriqueantes*).

PEDRO.- Apúrale, pues. Saca la plancha y límpiala para que el Moncho la encuentre lista.

VIOLETA.- (*Saca la maleta de la cómoda y mientras se acerca a la mesa y pone sobre ella los útiles consistentes en frascos, paquetes de papel y una máquina de hierro, entona un trozo de canción popular que interrumpe con un bostezo*). ¡Ay caramba! ¡Que hambre tengo! (*Enojada*). Podías ir a conseguirte algo, caramba. No pareces hombre.

PEDRO.- Paciencia mijita. Con nervios no vamos a ninguna parte... Y son pocos los días difíciles... *(La abraza)*.

VIOLETA.- *(Irónica)*. No me hagas reír.

PEDRO.- El socio que ahora tenemos, el costeño ese que te presenté ayer, es hombre de plata... Ahora sí vamos a trabajar en grande... No tendremos ni donde guardar todas las monedas que se acuñen...Después haremos lo que tú quieras. Nos largamos a estados unidos, o a Europa o a...

VIOLETA.- Sí, todos los días me repites la misma historia. Total: nada.

PEDRO.- ¿Pero no te das cuenta que esto no es soplar y hacer botellas?

VIOLETA.- De lo que me doy cuenta es que ahora vas a hacer dos o tres monedas como siempre; las gastaremos en almorzar y mañana estaremos bostezando otra vez... Me doy cuenta... y al fin del mes nos saldremos del hotel sacando el equipaje por el balcón... para volver a empezar en otra parte... Me doy cuenta también que ya no tengo ni que ponerme, porque todo me lo has vendido o empeñado... El que no se da cuenta de nada eres tú.

PEDRO.- Pues mijita: aquí no se detiene a nadie.

VIOLETA.- No tienes más salida que esa. *(Remedándolo)*. "Aquí no se detiene a nadie" ¡Idiota!

(Entra el Moncho, un aventurero antioqueño de vulgar catadura)

MONCHO.- Hiii...i...jue los diablos... siempre lo encuentro agarrados.

VIOLETA.- *(Alegrándose repentinamente)*. Ay, Monchito: lo ha llovido el cielo... ahí está todo listo... Dese prisa que estamos limpios. *(La lleva a tirones hasta la mesa)*.

MONCHO.- Juá, juá, juá...

(Toca sobre la mesa un aire de bambuco con las yemas de los dedos)

PEDRO.- *(A Violeta)*. Cierra bien la puerta.

VIOLETA.- *(Cierra la puerta con llave)*

MONCHO.- Ta gueno... Encendé el reverbero.

PEDRO.- No hay alcohol.

VIOLETA.- Ni con que comprarlo ni a quien pedírselo.

MONCHO.- ¡Eh! Yo ando pior que ustedes. Eso se llama estar uno de malas.

PEDRO.- ¿Qué hacemos?

VIOLETA.- ¿Servirá una vela que tengo aquí?

PEDRO.- Valiente ocurrencia. ¿Qué podemos hacer con una vela?

MOCHO.- ¡Hijue los diablos con el conflicto tan maluco!

VIOLETA.- Ahora verán. Derretimos el plomo en esta cucharita.

MONCHO.- ¡Ps claro!... Esta chica sabe más qui uno... No se ahoga en un vaso de agua... Juá, juá, juá.

VIOLETA.- (A Moncho). Coja usted la cuchara. Yo la caliente.

MONCHO.- Hi... Ya va derritiendo... Arrime la vela, pues... ¡Arreyay! Se está calentando de a mucho.

(Va pasando la cuchara de una mano a otra, cada vez con más rapidez; luego se dirige a Pedro). Alcánzame la toalla, que esto se está poniendo piorqui una paila del quintu infierno...

PEDRO.- Hace días que no nos ponen. Yo me seco con la falda de la camisa.

MONCHO.- La camisa, pues, aunque sea, que no será la primera vez qué te la quitas para salir de un apuro.

PEDRO.- Toma la funda de una almohada.

MONCHO.- Hijue la funda pa puerca. Parece un mapamundi.

VIOLETA.- ¡Ay! ¡Tan pulcro que lo verán!

MONCHO.- Juá, juá, juá.

PEDRO.- Y va a estar.

(Golpean, sobresalto general)

VIOLETA.- Shhh!

PEDRO.- ¿Quién será?

FLORA.- (Afuera golpeando otra vez). Abran, abran.

MONCHO.- Es mi vieja, que la dejé en la calle cuidando... Abríle, Pedro pues, a ver con que escándalo viene.

PEDRO.- (*Abre alarmado la puerta*). ¿Qué sucede?

FLORA.- (*Entrando a toda prisa y entrando hacia el balcón*). Miren, miren quién viene ahí.

(*Todos se alarman*).

PEDRO.- (*Yendo a toda prisa al balcón*). ¿Dónde?

FLORA.- Allí.

PEDRO.- (*Tranquilizándose*). Creí que era algo de importancia.

VIOLETA.- Ya sé quién viene: el poeta Garza.

MONCHO.- (*A Flora*). Mirá que tan bruta sos. ¿Y por eso metés tanto ruido?

PEDRO.- No lo dejes venir para acá, Florita.

(Sale Flora, y Pedro cierra de nuevo la puerta).

VIOLETA.- (*Con voz lloriqueante*). Ay, se me está quemando mi cucharita tan linda que me robé la otra noche en Rondinella.

MONCHO.- Ya está... echále el ácido, Pedro, pues... Ora trae pa ca la plancha... (*Vierte en ella el plomo*). Ta gueno.

VIOLETA.- Qué olor tan penetrante el de ese ácido.

MONCHO.- ¡Ah! Es el secreto... ¡El milagro!... eso hace que el plomo suene como si fuera oro de verdá.

(*Aprietan la plancha. Momento de silenciosa expectativa... Abren y sacan la moneda, que tintinea sobre la mesa*).

PEDRO.- ¡Qué bien quedó!

(*Frota la moneda con un pañuelo que unta de dorado y ácidos*).

MONCHO.- Dame el dorao... ¿ves?... Tiene hasta las rayas de las monedas viejas... La mete... Es pa que aprendan a hacer libras antioqueñas, juá, juá, juá...

PEDRO.- (*Toca la moneda y retira la mano bruscamente con un gesto de dolor*). Hay que esperar a que se enfrié. (*A Violeta*). ¿Qué miras tanto?

MONCHO.- Querrá aprender el oficio. Yo nunca he trabajado en otra cosa y se lo aconsejo a cualquiera... ¡eh! Esto es mejor que un ministerio, Aquí se hacen morrocotas de las guenas y lo Ministros no pueden hacer más que papel moneda... y eso partiendo el bocao entre todos los copartidarios.

VIOLETA.- Yo sí, yo si quisiera estar todo el día en la máquina, haciendo monedas sin descanso... hasta juntar quinientos, mil, muchos millones de pesos. Me iría muy lejos... al oriente... Tendría un palacio de mármol rodeado de jardines... por donde pudiera andar semi-desnuda... y muchos esclavos abaniqueandome con plumas, como una diosa...

MONCHO.- Avise pues, pa irla a mirar por un agujerito.

PEDRO.- No hagan castillos en el aire. No tenemos más que una moneda sobre la mesa y plomo para otra.

MONCHO.- Hagámosla pues, pa que nos quede al menos la satisfacción del deber cumplido.

PEDRO.- No, dejemos eso para la tarde. Ya no resisto el hambre. Guarda todo Violeta. Nosotros vamos a cambiar y a traer algo.

VIOLETA.- Si no vienen pronto, cuando lleguen no encuentran plomo. Me lo he comido.

MONCHO.- No porque le puede caer pesao.

(Sale Moncho y Pedro)

VIOLETA.- *(Guarda los útiles de falsificación en la maleta, la pone en la cómoda y se dirige a sus cupidos)* ¡Vagamundo! qué modo de llevar el traje. Los bracitos así (Se los levanta). A ver: si los bajas es que me están pensando. *(El cupido queda con los brazos abiertos, ella se entristece)*. ¿No?... Mentiroso... Ahora dime: ¿vendrá pronto a verme? *(Repite la misma operación)*. ¿Tampoco?... So mugre, so... *(Lo tira sobre la cama)*.

(Entra Flora).

FLORA.- El poeta viene para acá.

VIOLETA.- Ya no me deja ni a sol ni a sombra, dile que no estoy aquí. *(Se esconde detrás del biombo)*.

GARZA.- *(Afuera)*. ¿Se puede?

FLORA.- Siga, poeta.

(Entra Garza. Es un hombre ceremonioso, afectado. Viste sacolevita, sombrero flojo y corbata de mariposa. A pesar de su traje sucio y rugoso pretende asumir el porte de un gran señor).

GARZA.- *(Mirando al balcón).* Señora Marquesa... Señora Marquesa... Ya la vi... ¿Por qué se me esconde?... ¿No me quiere hablar? *(Se asoma debajo de la cama).*

FLORA.- *(Hace esfuerzos para no reír).*

GARZA.- No sabe usted lo que le traigo: flores.

VIOETA.- *(Saliendo entusiasmada de su escondite).* ¿De veras? Ay, démelas, démelas... ¿Qué son?

GARZA.- Flores de su nombre: Violetas.

VIOLETA.- *(Moviendo el busto alegremente y haciendo manifestaciones de gran entusiasmo).* ¡Qué rico huelen!... ¡Hasta quitan el hambre!

GARZA.- Ni me saluda siquiera. ¡Qué mal corazón!

VIOLETA.- ¡Qué ocurrencia! Buenos días... Como hace nada que se fue de aquí pensé que no necesitaba saludarlo otra vez... Flora: lléname ese vaso de agua para poner ahí las flores, por si no se me marchitan muy pronto.

FLORA.- *(Lo hace).*

GARZA.- ¡Qué linda amaneció! Perece una aurora con sus capullitos de rosa... Deme la mano siquiera... Deme la mano siquiera... Buenos días... Esos deditos vueltos hacia arriba me tienen loco.

VIOLETA.- A mí también me tiene usted ya loca con sus florilegios.

GARZA.- No olvide usted que soy hijo de Apolo... La tuviera loca de amor...

VIOLETA.- *(Irónica).* Qué bueno seria, ¿No, Señor Duque del Anís?... ¡Ah! ¿Me trajo anís, Señor Duque?

GARZA.- ¿Pero cómo? Gasté en flores las únicas lupias que pude conseguir, Señora Marquesa.

VIOLETA.- Entonces vaya a traerlo. De lo contrario no vuelva aquí en todo el día porque le doy con la puerta en la cara.

GARZA.- *(Registrándose los bolsillos).* ¿Qué hago? No tengo ni siquiera qué empeñar.

VIOLETA.- Empeñe el sombrero, que poca falta le hace, ya que no sale nunca de aquí.

GARZA.- Haré lo que usted mande, Señora Marquesa.

(Sale Garza. Violeta, mariposea por la habitación con aire descontentadizo y luego se sienta muy pensativa).

FLORA.- ¿Qué tienes Violeta?

VIOLETA.- Hambre.

FLORA.- Parecés triste.

VIOLETA.- Al revés *(Sonríe)*. El hambre acaba por convertírseme en risa.

FLORA.- La verdá, ala. A veces ¿qué puede hacer uno sino reírse de su perra vida?

VIOLETA.- Pero ríete, ríete. ¿Por qué no te ríes? *(Le hace cosquillas)*.

FLORA.- *(Riendo estrepitosamente)*. Basta, basta.

VIOLETA.- No sé si estoy alegre... si estoy triste... si estoy desesperada... Flora: *(Vacila; mira a un lado y otro como temerosa de abril su corazón y al fin habla indecidadamente, como si las palabras se le escaparan contra su voluntad)*. Quiero a Héctor.

FLORA.- ¿A quién?

VIOLETA.- A Héctor.

FLORA.- *(Ríe burlonamente)*.

VIOLETA.- Lo quiero con toda mi alma. Flora, Florita: ¿qué hago?

FLORA.- Olvídaloo, no seas boba.

VIOLETA.- ¿Crees qué no vuelva?

FLORA.- Yo que sé... lo que creo es que vos te enamoras hasta de unos calzones colgados de un escobero... Un hombre que no has visto sino una vez en la vida y que nada tiene que ver con nosotros... no seas loca.

VIOLETA.- Es verdad... quizá malició lo qué éramos... y como dicen que es tan bueno...

FLORA.- Mirá con lo que salís ahora... Tonta ¿qué tenemos de malo nosotras? Yo al menos no he hecho sino bien en esta vida. Desde chica tuve que mantener a mis viejos. Ellos me echaban a la calle a conseguir plata. Y cuando no se la traía, nos quedábamos nosotras sin mazamorra y él sin aguardiente. Entonces, ¡Venga la muenda!

¡Vagabunda! ¡No servís pa nada! Conocí al Moncho y tuve que dejar a los viejos pa servirle en todo a él. Que si andá a cambiar esta moneda; que si entreténeme a aquel tipo mientras le saco la cartera del bolsillo, que si esto, que si l'otro... Y yo a todo que sí, sin decir esta boca es mía, o vengan palos también... Ya ves que mi vida no ha sido otra cosa que servir a los que quiero. Y sin embargo, cualquier día me meten en la guandoca como a una mala mujer.

VIOLETA.- ¿Tú crees que Héctor pueda quererme?

FLORA.- ¿Y por qué no?

VIOLETA.- A veces imagino que ya es mío... que hemos vivido juntos mucho tiempo... que tenemos un hijito... tan lindo como mi nené que se me murió.

FLORA.- ¿Tuviste un hijo? ¡No me lo habías contao!

VIOLETA.- Por eso me fugue de mi casa... El que era mi novio me dijo que huyera con él, antes de que los míos supieran nada... Me trajo a Bogotá... Luego me dio a beber a traición un veneno... El niño nació antes de tiempo, ahogándose... Era chiquitico... Parecía un cupido... Duró pocas horas... ¡Qué horror!... cuando murió, no necesité que me lo dijeran... Comencé a llorar desesperada... Consuélate, me aconsejaban, y me entregaron el pedacito de mi carne ya frío... Yo lo calenté con besos furiosos, quería como absorberlo... ¡Canalla!... ¡Canalla!... Lo mató para abandonarme... Él sabía que mi mayor ilusión era tener un hijito... Había podido dejarme eso siquiera... Hoy mi nene tendría ya ocho meses... ¡Canalla!

FLORA.- Qué descarao... ¿Y se alzó con el santo y la limosna?

VIOLETA.- Sí... Me dejó sola y enferma... Entonces conocí a Pedro...

FLORA.- ¿Y lo quisiste, ala?

VIOLETA.- Yo no sé... Fue el primer hombre que se me puso por delante... Yo me sentía tan desamparada... Sentía cansancio de querer y al mismo tiempo un deseo loco de que me quisieran.

FLORA.- Por eso será que vivís revoloteando. (Se acerca al balcón).

VIOLETA.- Flora, Florita: ¿Crees que Héctor volverá?

FLORA.- Calláte. El que viene ahí es el poeta.

VIOLETA.- Que mal rayo lo parta.

FLORA.- Te quiere demasiado.

VIOLETA.- Pobrecito... Vive pendiente de mi menor deseo. No sale de aquí sino a dar sablazos para traerme flores y anís.

FLORA.- Porque vos le das pie. Ni con él tenés paz.

VIOLETA.- En eso soy misericordiosa... La coquetería tiene a veces un fondo de vanidad, a veces un fondo caritativo... Con él... me suceden las tres cosas... pero sobre todo, la última... Detrás de su fatuidad de hombre, hay una dulzura de niño enfermo...

FLORA.- Pero vos repartís el amor como si fuera una botella d anís...Les das a cada uno su copita.

VIOLETA.- El corazón es como un rosal: cuando lo azotan y lo despedazan, echa mil retoños caprichosos...

(Entra Garza)

GARZA.- ¡Ay, Señora Marquesa! Ahora, aunque quisiera, ya no podría descubrirme en su presencia... Dejé el sombrero donde Jota Delfín... Aquí está el anís... Porque esos lindos labios me hablen y consuelen mi triste vida, soy capaz de ir a traerle hasta la luna, si usted me lo exige.

VIOLETA.- Vaya tráigamela.

GARZA.- Pero... Señora Marquesa... ahora no vale la pena... es cuarto menguante.

VIOLETA.- *(Ríe).* Sírvame anís.

FLORA.- A mí también.

GARZA.- *(Sirviendo en una copa, un vaso y una jabonera que reserva pa sí).* Tome usted, Señora Marquesa, que sólo cuando usted está poseída del amable licor se apiada un poco de mí.

(Toman entre risas)

VIOLETA.- Sírvame más.

GARZA.- Qué linda *(sirviéndole)*. Me pongo a verla y a examinarla con todo escrúpulo y no hay en usted detalle, por insignificante que sea, que no merezca un poema, que no me fascine, que no me... me... me...

VIOLETA.- No, no... Déjese de tantas frasencias... *(Se suelta a hurtadillas el cordón de un zapato).* Usted todo lo ve a través de la poesía... Ay, Señor Duque: amárreme este zapato que se me ha soltado...

FLORA.- (*Cambia con Violeta una mirada de doble intención y se asoma al balcón sonriendo*). Mire, poeta, que por andar aquí perdiendo el tiempo, lo van a olvidar en otras partes.

GARZA.- ¿Dónde?

FLORA.- ¿No dizque me contaba hace un momento tantas aventuras?

GARZA.- (*Con suficiencia*). No hay peligro por ese lado. Dónde yo he puesto los ojos nadie más es capaz de levantarlos. Yo sé domar a las mujeres cuando no llego a fascinarlas

(*Flora sale riéndose por el balcón*).

VIOLETA.- ¡Que hubo, Señor Duque! ¡El zapato!

GARZA.- Con cuento placer, Señora Marquesa. Ojalá pudiera estar yo siempre postrado ante sus piececitos. (*Se inca*).

VIOLETA.- ¡Que tonto es usted Señor Duque! ¡Hágalo bien!...- Acérquese más... No tenga miedo. (*Le agarra la cabeza y le da un beso en la boca*).

GARZA.- Así... Hace usted temblar mi cuerpo como una lira...

VIOLETA.- (*Muy divertida*). No se vaya a desmayar, Señor Duque.

GARZA.- Quisiera que fuésemos los dos solos en el mundo... (*Mira hacia el lado donde esta Flora*). Para tenerla siempre entre mis brazos. (*Se acerca a ella y trata de abrazarla*).

VIOLETA.- No, no... No se extralimite... (*Le tumba de un empujón*). ¿Con que esas tenemos ya?

GARZA.- ¡Qué cruel! ¡Como le gusta jugar con mi pobre corazón! (*Se enjuaga las lágrimas*).

VIOLETA.- ¿Si será con el corazón?... ¡Pobrecito!... ¡Tan espiritual! (Le pone una mano en la cabeza). ¿Qué son esos lagrimones?... (*Tierna*). Pobrecito mi nene, mi niñito, mi nenito débil... ¿Quiere que lo arrulle?... ¿Así?... Corazoncito... No llore... ja, ja, ja, ja. ¡Todo un Señor Duque!... Levántese ya... ¿Habrá que levantarla también como a una criatura? (*Lo tira del cabello hacia arriba*). Ayúdeme a poner la mesa.

GARZA.- (*Irguiéndose sorprendido*). ¿Hoy se come?

VIOLETA.- Y está usted invitado (*Despeja la mesa*). Abra la cómoda y alcánceme los platos.

GARZA.- (*Echa mano a la maleta donde están los útiles de falsificación*). ¿Están aquí?

VIOLETA.- No, ahí no.

GARZA.- ¿qué es esto, Señora Marquesa?

VIOLETA.- Déjelo ahí. No, no; no lo abra. Eso no le interesa.

GARZA.- Ya sé. Aquí guarda usted todos los secretos de sus antiguos amores... Esto es el santuario que llevan consigo todas las mujeres bellas... Aquí está su corazón... ese corazón... ese corazón de oro... Qué versos escribiría yo si usted me lo abriera.

VIOLETA.- (*Trata en vano de arrebatarle la maleta y al fin lo logra*). Deje eso en su sitio. No sea curioso. Venga acá. (*Le pellizca los labios*). Lo único que eso puede abrirle son las ganas de comer... Alcánteme los platos. Están en la tabla de arriba.

GARZA.- ¡Qué vajilla tan variada!

VIOLETA.- Bastante trabajo me ha costado reunirla. De plato en plato: uno de a cada hotel por donde vamos pasando.

FLORA.- (*Viniendo del balcón*). ¡Violeta: alricias! Adivina quien acaba de entrar.

VIOLETA.- (*Sacudida por un presentimiento*). ¿Quién?

GARZA.- (*Receloso*). ¿Espera alguna visita de importancia?

VIOLETA.- No, ¿Por qué?

GARZA.- Como pregunta con tanta ansiedad...

FLORA.- Nombrando al Rey de Roma...

VIOLETA.- ¡Ay! ¡Héctor!

FOLRA.- El mismo.

VIOLETA.- Y yo en esta facha... (*Se compone el peinado*).

GARZA.- La noto a usted muy preocupada en arreglarse, Violeta.

VIOLETA.- ¡No faltaba más! ¿Acaso cree que todo el mundo es tan de confianza como usted?

FLORA.- Noto que el poeta te cela.

VIOLETA.- Era lo único que me faltaba.

(Se oyen unos golpecitos discretos en la puerta).

VIOLETA.- *(En voz baja y emocionada).* Ahí está.

GARZA.- Si fuera yo, no se preocuparía usted tanto.

(Se repiten los golpes).

VIOLETA.- Recíbalo usted, Señor Duque, mientras yo me arreglo... Y no me ponga esa cara de espanto. Parece que está desenterrando un muerto. *(Le da una palmadita en la mejilla y se dirige a Flora).* Ven.

(Salen Violeta y Flora por detrás del biombo... Garza habré la puerta y entra HÉCTOR, un joven serio y sencillo, vestido con modestia).

HÉCTOR.- Oh, poeta. ¿Tú aquí?

GARZA.- Como de costumbre. Se puede decir que esta es mi casa.

HÉCTOR.- ¿Pedro?

GARZA.- Salió.

HÉCTOR.- Vengo tan solo a traerle a Pedro este ejemplar de mi último libro. Me dijo que deseaba leerlo.

GARZA.- ¡Ah!... Ya salió... Supongo que me lo obsequiaras a mí también.

HÉCTOR.- Por supuesto.

GARZA.- *(Recibiendo el libro).* <La Culpable>... Estudios Sociológicos... No dudo que será una obra magistral.

HÉCTOR.- Gracias... Como no está aquí Pedro dejare el libro contigo.

GARZA.- Está bien.

PEDRO.- Adiós, pues.

VIOLETA.- *(Dentro).* Aguárdame un momento Héctor. Ya voy.

HÉCTOR.- ¡Ah!... ¿Está aquí Violeta?

GARZA.- *(Procurando ocultar su contrariedad).* Si, ella si... *(Con malicia).* De algún modo debías explicarte el que esta sea como mi casa.

HÉCTOR.- *(Mirando a Garza de hito en hito).* Es una chica interesante.

GARZA.- *(Con sonrisa donjuanil)*. Más de lo que supones.

HÉCTOR.- Más de lo que supongo no. Conozco mucho el dolor humano... Me bastó verla una vez para adivinar su tragedia... Pobrecita.

GARZA.- Veo que... te commueves hablando de Violeta.

HÉCTOR.- ¿Por qué no? Siempre me han conmovido las injusticias sociales... Ella es uno de tantos casos dolorosos.

GARZA.- ¡Ah! *(Irónico)*. Verdad que eres sociólogo... Pues ella es un caso anormal, de aquellos en que no se sabe a quién echarle la culpa: si a los hombre o la naturaleza... A mí también me commueve... Pero yo no miro las cosas como tú, por el aspecto abstracto... Yo, aunque poeta *(guiña el ojo)*, soy... más... humano.

HÉCTOR.- ¿Y qué?

GARZA.- Pues... Ahora Violeta ésta locamente enamorada de mí... Es un caso... Tú lo comprenderás.

HÉCTOR.- Muy comprensible, sí.

GARZA.- *(Con jactancia)*. Mira: este pañuelo es de ella... Este pelo también... Me besa tanto, que tengo siempre en la boca un sabor a perfume... El día que no vengo a verla, se desespera... Tú comprenderás en qué conflicto me encuentro: por un lado una mujer con quien no puedo quedar como un estúpido; por el otro, un amigo a quien no quiero traicionar... ¿Qué harías tú en este caso?

HÉCTOR.- Estos casos los resuelven dos casualidades indispensables a un hombre que se estime como tal: primero la reserva, y luego la honradez.

(Entra Violeta muy arreglada).

VIOLETA.- ¡Héctor!

HÉCTOR.- ¿Cómo está usted, Violeta?

VIOLETA.- Nos había olvidado.

HÉCTOR.- Vivo tan lleno de ocupaciones.

VIOLETA.- Algún amorcillo.

HÉCTOR.- Un amor muy grande.

VIOLETA.- ¿Por quién?

HÉCTOR.- Por la lucha, por el trabajo, por el estudio.

VIOLETA.- ¡Ah!... Pensé que se trataba de un amorcillo de carne y hueso.

HÉCTOR.- No tengo tiempo para ello. Amo demasiado mi libertad y mis ideales... Los que pretendemos ejercer en la vida un apostolado social, ponemos en él todo el amor de que somos capaces. Nuestra novia es la humanidad.

VIOLETA.- Y ahora, ¿A qué le debemos el placer de verlo por aquí?

HÉCTOR.- Vine a traerle mi último libro.

VIOLETA.- ¡Ah! ¡Muchas gracias!... ¡<La Culpable>!... ¿Quién es la "La Culpable"?

HÉCTOR.- *(Sonriendo al fin).* Léalo usted con mucha atención y lo sabrá.

VIOLETA.- Comenzaré por el desenlace para salir de la curiosidad.

HÉCTOR.- El desenlace no lo hallara usted en el libro, como en las novelas. Lo hallara en la rebeldía de su alma cuando me haya comprendido.

VIOLETA.- ¿No es novela?

HÉCTOR.- No, no, no... Son estudios de sociología, sustentando la irresponsabilidad criminal.

GARZA.- *(Irónico).* Tú eres de los que pretenden convertir las cárceles en hospitales y el Código Penal en un formulario médico...

HÉCTOR.- No doy tan poca importancia a la libertad humana.

VIOLETA.- Pero, ¿Quién es la <La Culpable>? *(melosa).* Díganos. No sea malo.

HÉCTOR.- Imposible, gracias. Vine tan sólo a dejarles la obra. Yo vivo de cita en cita; me falta tiempo para todo lo que tengo que hacer.

VIOLETA.- ¿Quiere usted aunque sea... una copa de anís?

HÉCTOR.- No, gracias. Nunca tomo.

VIOLETA.- Aguarde usted a Pedro. Ya no debe tardar.

HÉCTOR.- Volveré en otra ocasión... Adiós, Violeta... Adiós, Vate.

GARZA.- Adiós, Genio.

(Sale Héctor).

GARZA.- ¡Pobre quijote!

VIOLETA.- ¿Quién será *<La Culpable>*?

GARZA.- No se necesita ser muy suspicaz para comprenderlo, a pesar del aire de misterio que el autor quiere darle... ¿No lo comprendió usted siquiera por la poca atención que le presto al terrible sociólogo?... El sostiene, como todo mediocre metido a intelectual, que la culpable de cuanto pasa en este mundo es la mujer.

VIOLETA.- *(Suspirando).* ¡Ayayay!...

GARZA.- Yo conozco las ideas de los libros por la pasta... Especialmente por la pasta del autor... Afortunadamente, porque no tendremos tiempo de leerlo. Hoy mismo lo ferea Pedro.

VIOLETA.- ¡No faltaba más! Preste eso acá.

GARZA.- Ojala... Noto que toma usted por Héctor mucho interés.

VIOLETA.- Bien: a usted nada le importa.

GARZA.- Esa ingrato en cambio, ni repara en usted... ¡Y por añadidura le echa la culpa de todos los crímenes que en el mundo se están cometiendo!... ¡Filosofía barata! ¡Recurso de folletín francés!... ja, ja, ja... Perdió usted su tiempo en arreglarse para recibir al sociólogo, Señora Marquesa.

VIOLETA.- *(Enojada).* Ya le he dicho a usted que nada le importa... Déjeme en paz.

(Entran Moncho y Pedro con pan, frutas y otras provisiones envueltas en papeles).

PEDRO.- A ver si se te pasa el mal humor... Aquí está todo.

VIOLETA.- ¿No se encontraron con Héctor?

MONCHO.- De más... En la puerta. *(Pone una botella en la mesa).*

VIOLETA.- ¿Por qué no lo detuvieron a almorzar?

PEDRO.- No quiso.

MONCHO.- Mejor. Entre menos bulto, más claridad.

PEDRO.- ¿Dónde está el libro?

GARZA.- Aquí lo tengo yo.

PEDRO.- ¿Cuánto darán por él?

MONCHO.- Mandemos a Flora a venderlo, y que compre más jamón, porque esta está muy poquito... ¡Vieja!

FLORA.- *(Dentro)*. ¿Qué querés?

MONCHO.- *(Saliendo con el libro por detrás del biombo)*. Anda a la librería del chato Rizo. Vendele este libro y comprás más jamón.

PEDRO.- Aquí tienes el pan... Sardinas... pollo... *(Lo va poniendo todo sobre la mesa)*.

VIOLETA.- *(Iracunda)*. Ahora váyanse... No quiero nada con ustedes... Lárguense todos.

(Regresa Moncho y después de observar las provisiones la mira sorprendido).

MONCHO.- Bonitas horas pa echarlo a uno...

GARZA.- Señora Marquesa. ¿Yo sin sombrero?... ¿Olvida usted que me lo ha hecho empeñar?

VIOLETA.- *(Empujando a Moncho, que se va acercando a la mesa)*. He dicho que se vayan... que me dejen sola. *(Llora histéricamente)*.

MONCHO.- Lindo modo de tomar posiciones... Ya le dio la neuris por imitar a los gobiernistas.

VIOLETA.- *(Tirándoles el pan)*. ¡Que se larguen desgraciados!

MONCHO.- *(Recogiendo el pan y mordiéndolo)*. Tampoco no lo reparta como si fuéramos partido de oposición.

PEDRO.- *(Severo)*. ¡Violeta! Esto no te lo aguento, ¿Oyes?

VIOLETA.- *(Echando mano a una botella)*. Como des un paso adelante, te rompo esta botella en la cabeza.

MONCHO.- ¡Eh! Le salió la criada respondona.

GARZA.- *(Interponiéndose entre Pedro y Violeta)*. ¡Paz! ¡Qué haya paz! Contengamos nuestros ímpetus; si no por estética, como los burgueses, al menos como los infelices: por hambre. *(Señala la mesa)*.

(Pedro y Violeta se desconciertan Ella suelta la botella y él se frunce de hombros. Garza bosteza y agarra un pan).

TELON

ACTO SEGUNDO

(Habitación semejante a la del acto anterior. Puerta al foro, trancada con muebles de toda clase)

(Al levantarse el telón Flora está contando sobre la mesa varios montoncitos de monedas de oro. Empujan la puerta. Ella se alarma, levanta a toda prisa un ladrillo o una tabla del suelo y oculta todas las monedas en un hoyo dispuesto para el caso. En tanto siguen empujando la puerta con más fuerza y luego golpean).

MONCHO.- *(Fuera).* Abrí, pues.

FLORA.- ¡Ah! ¡Sos vos! *(Abre la puerta).* ¡Que susto me has dao!

MONCHO.- ¿Por qué no trancaste la puerta con la torre de la Catedral?

FLORA.- Estaba arreglando las monedas... ¿Qué hubo?

MONCHO.- ¡Eh! Y no hay quien embrome... Ya el costeño ese se fue a comer peto al otro mundo.

FLORA.- ¿Lo mataste?

MONCHO.- Yo no... Por más que lo estuve buscando tua la noche, no di con él. Pero mirá lo que dice el periódico.

FLORA.- *(Leyendo).* <El horrible asesinato de anoche. > <Un hombre ahorcado en el Paseo Bolívar...> ¡Ay, Virgen Santísima!

MONCHO.- Se ve que el Pedro estuvo más listo... La verdá es que si no nos lo quitamos del medio, en la guandoca dormíamos todos esta noche.

FLORA.- ¿Pero qué fue lo que pasó? Anoche te fuiste tan aprisa que me quede sin saber nada.

MONCHO.- ¡Qué había de ser! Que el costeño ese desgraciao se las vino a dar de capitalista y se quería alzar con la máquina.

FLORA.- Que aprovechao.

MONCHO.- Afortunadamente yo no soy de Mariniya... Cuando repartíamos todo lo que habíamos hecho en el día, le noté las malas intenciones, y me puse a cuidarlo como quien no quiere la cosa... De pronto veo que se va metiendo la maquina con disimulo debajo el saco... Eh, paisa, le dije: venga acá. Más fácil es que haga un contrato con el Gobierno y al descuido se esconda el Capitolio... Hiju'e... los demonios. Ahí se armó la bronca. Pedro le cayó encima y le puso un ojo como un buñuelo.

FLORA.- ¿Y el otro qué hizo?

MONCHO.- Salió corriendo como alma que lleva el diablo, y juró por tod'una talanquera de cruces que lo que habíamos hecho no era ni pa Dios ni pa sus santos, y que iba a poner el denuncio en la policía.

FLORA.- ¡Qué sinvergüenza!

MONCHO.- Me gritó que esa se la íbamos a pagar muy cara... Y yo le conteste que sí... pero que en moneda falsa... Pedro le siguió la pista y yo me vine a guardar la plata y a sacar la barbera por lo que se pudiera ofrecer... Me puse a buscarlos por todas partes y yo no sé onde se metieron. Hasta por la mañana que compre el periódico no quedé tranquilo.

FLORA.- Entonces ya estamos salvaos.

MONCHO.- No sé. ¿Pedro no ha venido?

FLORA.- No.

MONCHO.- Voy a buscarlo a su casa. Pero dame algo de comer, que tengo un hambre de to los diablos.

FLORA.- No hay nada.

MONCHO.- ¿Nada? ¿Con tua la plata que te di?

FLORA.- Vos me dijiste que no cambiara nada todavía, hasta que pasara el peligro.

MONCHO.- Andá a cambiar ya. Serví para eso si quiera.

FLORA.- *(Levanta el ladrillo o la tabla, saca una moneda y se pone el sombrero de mala gana).* ¿Qué querés que traiga?

MONCHO.- Pan y jamón

(Entra Violeta)

FLORA.- ¡Oh! ¡Violeta!

MONCHO.- ¿Pedro? ¿Dónde está Pedro?

VIOLETA.- *(Compungida).* Está en la policía.

MONCHO.- *(Poniéndose en pie bruscamente).* ¿Eh?

VIOLETA.- *(Soltando a reír).* Mentiras... Está en casa, de lo más tranquilo.

MONCHO.- Jua, jua, jua... (*Bosteza*). Qué gana de venir a interrumpirle a uno la digestión (*a Flora*). Andá, pues... ¿Qué esperás?

FLORA.- Orita vuelvo, Violeta. (*Mutis de Flora*).

MONCHO.- ¿A qué horas llegó Pedro?

VIOLETA.- A la madrugada.

MONCHO.- Se ve que el bicho le dio qué hacer. Le costó trabajo cuadrarlo.

VIOLETA.- Me mandó a decirles que por precaución nos íbamos a trastear para acá, porque al costeño lo vieron mucho por esos lados y nada tiene de raro que hablara algo... Yo me vine adelante con todo lo que nos podía comprometer (*Va sacando las cosas de debajo del abrigo*). Aquí están los frascos... y la máquina. (*Pone todo sobre la mesa*).

MONCHO.- Eh, usté sirve pa todo... Usté es lo que yo llamo una mujer... Si la Flora fuera así (*Coge la plancha y la acaricia con satisfacción*). Esto es lo que yo llamo mi mina de oro... Es la mejor herramienté trabajo que hay en el país...

VIOLETA.- Ahora déjela en paz porque Pedro lo está esperando. Dice que no conviene cambiar las monedas todavía y vamos a salirnos escondidas, como de costumbre. Lo necesitan para que ayude a traer las cosas. Váyase, váyase.

MONCHO.- Aguarde, pues, a que venga Flora, que estoy en ayunas. Déjeme llevar siquiera que ir mordiendo pu'el camino... Quiero, además, estar con usté otro ratico... así... a solas... mirándola bien.

VIOLETA.- ¡Qué maravilla!

MONCHO.- Usté tiene unos ojos más milagrosos que la Virgen de Manizales... Qué milagros haría yo en este mundo si esos ojos fueran míos.

VIOLETA.- Qué lástima que no sean.

MONCHO.- Todo es cuestión de que usté quiera... Yo le aseguro que los dos juntos haríamos monedas de oro como quien cosecha maíz. Piénselo bien.

VIOLETA.- (*Con sorna*). Pensándolo estoy.

MONCHO.- Eh, deje ya sus carameleos... Busque un pretexto pa peliar con Pedro... Yo a Flora la echo a la calle en menos de que me limpio un ojo.

VIOLETA.- (*Irónica*). No estaría mal. (*Toma una posición seductora*). ¿Y qué?

MONCHO.- Créame, pues, yo soy la fortuna pa usté... Yo soy un endividuo que se las puede... De más... Yo he llegado a tirar la plata así... Usté no me ha conocido en mis buenos tiempos... Es que ahora...

VIOLETA.- Es que ahora (*Lo abraza y le canta con picardía*). <Tus tristes amores tendrás que olvidar>

MONCHO.- (*Abrazándola*). Jua, jua, jua...

VIOLETA.- (*Rechazándolo pícaramente*). <Pues yo sin dinero no te puedo amar> ja, ja, ja, ja, ja... (*Se retira dejándolo desconcertado. Moncho la persigue y ella se parapeta con un asiento*). Eh, paisano, si yo no soy de Marinilla...

(*Entra Flora. Moncho y Violeta disimulan sus retozos*).

FLORA.- Jamón y pan... y <Mundo al día> con el retrato de la víctima.

MONCHO.- Prestá a ver.

VIOLETA.- Nada, nada... Usted váyase que lo están esperando... Tome: póngase el abrigo para que le quepan más cosas.

FLORA.- ¿Tenemos trasteo?

VIOLETA.- Trasteo de bolsillo, como todas las semanas (*A Moncho*). ¡Ah! Repítale que no se les vayan a olvidar mis cupidos.

MONCHO.- (*Guardándose el jamón y el pan*). Qué maluco es que lo pongan a uno en ayunas a servir de parihuela.

(*Mutis del Moncho*).

VIOLETA.- (*Rapándole a Flora el periódico*). Muestra. (*Lo tira*). ¡Uy!

FLORA.- Estás nerviosa.

VIOLETA.- ¿No he de estarlo?... ¿Tú no?

FLORA.- Yo... Ya estas cosas no me impresionan. Vos sabes que el hombre es un animal de costumbres. Además, al que anda entre la miel algo se le pega.

VIOLETA.- Yo estoy en unos nervios horribles... Me parece que los ojos del ahorcado me persiguen por todas partes... Llevo como grabada en la memoria su cara de agonía. ¡Uy! Qué noche atroz.

FLORA.- ¡Eh! ¿Tú estabas ahí?

VIOLETA.- Pedro me llamó por teléfono; me mandó que tomara un taxi y fuera a encontrarme con él. Yo no sabía de qué se trataba... Cuando menos pensé íbamos siguiendo al costeño y me dijo Pedro con la mayor sangre fría: a ese le ha llegado la última hora.

FLORA.- ¡Te daría susto! Yo sé lo que son esas cosas.

VIOLETA.- Sentí que se me helaba la sangre... Quise salir corriendo pero Pedro no me dejó... Luego su misma tranquilidad me dominó, sentí que la voluntad se me iba...

FLORA.- ¿Y dónde le armo la bronca?

VIOLETA.- El costeño se sentó en un banco del Paseo Bolívar y Pedro me ordenó: ve a preguntarle la hora. Yo lo hice automáticamente... Y mientras le hablaba, en menos de lo que teuento, el otro le cayó por detrás y le apretó el cuello con un pañuelo de seda... Le vi mover las manos y los pies desesperadamente... Se me escapó un grito y cerré los ojos... Uy, qué horror... Despues, como entre sueños, vi a Pedro que se me acercaba y me decía con cara diabólica: <Ya es nuestro... Nos vamos... Aprisa...> Yo no me atrevía ni a volver a mirar... Me parecía que el muerto había de levantarse y alcanzarnos... y ahorcarnos. Ay, Florita. Yo no sirvo para estas cosas. Por más que quiera no puedo disimular.

FLORA.- Ala, pero peor sería que le hubieran dado tiempo de denunciarnos.

VIOLETA.- Es verdad. Peor hubiera sido eso, ala. Qué horror que nos hubieran puesto presas, ¿no?

FLORA.- Ahí si habías tenido que echarle la bendición al tipo ese que te tiene tan deschavetada.

VIOLETA.- Te digo con franqueza: si por algo tuve valor para matar, fue por él. Qué horror sentí ante la idea de perderlo para siempre.

FLORA.- ¿Tan adelantadas andan las cosas?

VIOLETA.- Yo me estaba muriendo de tristeza porque no lo veía... Al fin resolví llamarlo por teléfono... Y vino.

FLORA.- ¿Y te dijo algo?

VIOLETA.- Nada... Pero me miraba muy nervioso, con desesperación, como si le doliera algo... A los cinco minutos ya quería irse.

FLORA.- ¡Que majadero!

VIOLETA.- Me pareció que se iba para no volver nunca... y por detrás de Pedro le ofrecí un beso.

FLORA.- Vos sos el diablo. Ja, ja, ja.

VIOLETA.- Se puso pálido... como un muerto... y se fue.

FLORA.- ¿Y volvió?

VIOLETA.- Sí. Casi todos los días... No me habla, ni me toca siquiera una mano... Pero me dice con los ojos todo lo que yo puedo desear... De pronto siento ganas de abrazarlo delante de todo el mundo... y gritarle que él es el hombre que yo quiero.

FLORA.- ¡La cara que pondría Pedro!

VIOLETA.- Héctor me quiere. Yo sé que me quiere. Pero tengo tanto miedo...

FLORA.- ¿De que siga callao la boca?

VIOLETA.- No. De que sepa lo que somos. Al conocer nuestra vida. Tal vez me echaría la culpa de todo y me despreciaría.

FLORA.- ¿Y que necesidá hay de que sepa nada? Calláte, que en la boca cerrada no entran moscas.

(Entran Moncho y Garza)

MONCHO.- Vengo sudando la gota gorda.

GARZA.- Señora Marquesa: está usted servida contra viento y marea. Ante todo me ocupe de traerle el poco de anís que ayer tarde nos quedó. *(Pone la botella casi vacía sobre la mesa).*

VIOLETA.- ¡Ay! Yo quiero anís... Préstame una copa Flora.

FLORA.- Tómala. *(Se lo da).*

VIOLETA.- *(Se sirve y toma).* ¿Pedro?

MONCHO.- Allá fuera se quedó con ese señor del libro que vendimos el otro día pa hacer el rebusque.

VIOLETA.- ¡Héctor!

GARZA.- Cuando salimos nos lo encontramos. Es el prototipo de hombre inoportuno.

MONCHO.- No quedó más remedio que arriarlo pa acá.

VIOLETA.- ¿Y notó?

MONCHO.- ¡Que si notó! ¡Claro que sí!... ¿No ve que a Pedro se le venía escurriendo una blusa por detrás del saco? ... Y el por sacarse el pañuelo del bolsillo se sacó el sobre corsé.

VIOLETA.- Qué vergüenza

GARZA.- Estas peripecias de la miseria a nadie deben avergonzar. Por el contrario: yo las considero motivo de orgullo... Tanto más cuando hay una mini ideal de por medio.

MONCHO.- Andá, púes, Flora a conversarle al señor ese pa que Pedro pueda venir a descargar.

(Mutis de Flora)

VIOLETA.- ¿Me trajeron mis cupidos?

GARZA.- *(Se quita el sombreo)*. Aquí están, Señora Marquesa.

VIOLETA.- Tan lindos. Vengan acá... ¡Pobrecitos!... ¿Los deje solitos?... Este sinvergüenza es el que más quiero, con esos ojos que tiene. *(Lo besa)*... Y este también; este mentiroso. Vayan desembuchando, pronto.

GARZA.- Yo ante todo me preocupé por los objetos de tualet... Los polvos. El frasco de perfume... el manicure... horquillas... la crema.

MONCHO.- *(Se quita el abrigo y queda con el cuerpo lleno de ropa femenina, atada con cintas al busto y a las pierna o asomando entre los bolsillos)*. Parezco una vitrina de las almacenes de Plata. *(Le va dando todo a Violeta que lo coloca en un rincón)*.

GARZA.- *(Se saca de los bolsillos pares de medias y cintas muy largas, todo desenvuelto)*.

VIOLETA.- ¿Quedaron allá muchas cosas?

MONCHO.- Bastantes; pero ya no nos cabía ni un botón.

GARZA.- *(Se recarga en la pared y da un salto)*. ¡Ay! ¡Ay!

VIOLETA.- ¿Qué le pasa, Señor Duque?

GARZA.- Me he recargado contra la pared olvidando que traía en este bolsillo una almohadilla de alfileres.

MONCHO.- Se clavó... Eh... ¡Pa los tiempos que corren no es nada una corona de espinas!

(Entra Pedro).

VIOLETA.- ¿Se fue Héctor?

PEDRO.- No. Lo dejé con Flora. Reciban, reciban. (*Se saca cosas de todas partes*).

VIOLETA.- (*Le recibe todo y lo aglomera en un rincón*).

GARZA.- Quedé impregnado de esencias. Bendita miseria que me permite vivir páginas como ésta, Señora Marquesa.

PEDRO.- Dos platos.

VIOLETA.- Te dije que me trajeras toda la vajilla. Bastante trabajo me costó reunirla.

PEDRO.- ¿Dónde me cabían más cosas?

VIOLETA.- Oh, yo la quiero... Vayan a traerla.

MONCHO.- ¡Eh! Me muriera. No iba yo ni por tu el oro del mundo.

PEDRO.- ¿No se te puede ocurrir una idea más torpe?

VIOLETA.- Yo la quiero... Vaya usted, Señor Duque.

GARZA.- Con todo gusto, Señora Marquesa.

MONCHO.- (*Sujetándole de un brazo*). ¿No comprende que con todo lo que valen sus versos lo van a dejar embargao a cuenta de alquileres?

PEDRO.- (*A Violeta*). No seas necia, ¿Cómo vas a mandarlo allá?... ¿No comprendes que ya deben haber notado la evasión? Piensa un poco más las cosas.

MONCHO.- (*Amarra las cintas unas a otras*).

VIOLETA.- Inútil. No sirves para nada. Si yo hubiera sabido que me ibas a dejar sin mi vajilla no me vengo adelante. (*Zapateando*). Mi vajilla. Mi vajilla. Yo quiero mi vajilla.

GARZA.- No se afija usted, Señora Marquesa. Yo le ayudaré a reunir otra más variada todavía.

VIOLETA.- (*A Pedro*). Sirve siquiera para llamar a Héctor. ¿Lo piensan dejar allá a fuera todo el día?

MONCHO.- (*Recogiendo las cintas como rejo de vaquero*). Voy a entrelazárselo, pues.

(*Mutis de Moncho*).

VIOLETA.- (*Agota el contenido de la botella y comienza a manifestarse algo mareada*).
Señor Duque: ¿quiere traerme anís?

PEDRO.- No tomes más ahora, que ya te está haciendo daño.

VIOLETA.- ¿También eso?... Tomo cuando se me dé la gana.

PERDO.- No vayas, poeta.

VIOLETA.- (*A Garza*). Pero usted qué es al fin: ¿Un hombre o un marrano que se deja mandar de cualquier persona?... ¿Está creyendo que Pedro es su papá? Que infelices son los hombres sin carácter... Vaya a traerme anís

PEDRO.- No.

VIOLETA.- (*Brusca*). Sí.

GARZA.- Aguarde usted un momento. Déjeme pensar.

VIOLETA.- ¡Ah! Tiene que pensarlo... No vaya.

PEDRO.- No sigas molestando porque me haces perder la paciencia.

VIOLETA.- ¿Lo está pensando todavía, Señor Duque?

GARZA.- Lo que estoy pensando es a quien le doy el sablazo... En fin: déme la botella, Señora Marquesa.

VIOLETA.- Si no me trae el anís, no vuelva en todo el día.

GARZA.- Cumpliré su consigna Señora Marquesa.

(*Mutis de Garza*).

(*Pausa. Violeta se mira al espejo*).

PEDRO.- Noto que desde hace días estas muy nerviosa.

VIOLETA.- Creo que me sobran motivos.

PEDRO.- Y has dado en mirarte mucho al espejo.

VIOLETA.- Es mi única diversión.

PEDRO.- ¿Por qué me quieres ocultar lo que yo he comprendido y sé perfectamente?

VIOLETA.- ¿Qué cosa?

PEDRO.- Que estás enamorada.

VIOLETA.- ¿Enamorada? (*Ríe*). Tiene gracia. ¿De quién, que yo todavía no he caído en cuenta?... A ver si resultas con que tienes celos del Duque.

PEDRO.- No seas tonta. Yo hago poco caso de tus mariposeos... Bien sabes a quien me refiero.

VIOLETA.- ¿A quién?... ¿Al Moncho?... (*Riendo*). ¿Al tuerto de la otra casa?... (*Haciendo el trágico ademan de quien ahorca a una persona*), ¿O a Matías, el costeño?... Pero ese ya paso a mejor vida.

PEDRO.- (*Dominando la impresión que el recuerdo del homicidio le produce*). Déjate de chiquilladas... Tu misma te denuncias... Te da miedo nombrarlo.

VIOLETA.- ¿Todavía no lo he nombrado?

PEDRO.- Tu estas enamorada de Héctor.

VIOLETA.- ¿De veras?

PEDRO.- No lo niegues. Desde que lo conociste vives nerviosa, no haces más que hablar de él. Cuando no viene a vernos te pones de un humor inaguantable.

VIOLETA.- Todo lo has de interpretar mal (*Exasperándose*). Francamente, si lo que buscas es una pelea en grande debías advertirlo de una vez.

PEDRO.- No preparo una tragedia... Puedes estar tranquila... Soy más práctico de lo que tú piensas... No tengo nada de egoísta.

VIOLETA.- ¿Así es la cosa?

PEDRO.- Digo que... estás en libertad de quererlo... y que no necesitas andármelo ocultando.

VIOLETA.- (*Burlona*). ¿Ah, sí?

PEDRO.- Yo no me rijo nunca por la costumbre. Sé que a la vida le regulan siempre los imbéciles, y yo procuro interpretarla con mi propio criterio... Si ella te dice que yo no te basto, que sólo soy en tu vida un recurso, ¿Por qué no hemos de sincerarnos para llegar a una completa armonía?

VIOLETA.- Quizá.

PEDRO.- El corazón es muy complejo. ¿Por qué no ha de caber en el dos sentimientos, uno para Héctor, otro para mí?... A los dos no nos conviene separarnos por ningún

motivo. Yo estoy luchando para ti, y sin ti no tendría aliciente para luchar... ¿Que te falta un poco de espiritualidad, de sentimentalismo, de cualquier cosa que en mí no has encontrado?... Dímelo con franqueza. Yo seré para ti un hermano, trabajaré para los tres, para que todos podamos realizar nuestras ambiciones. Yo no tengo el idealismo de Héctor ni él tiene mi audacia y mi rudeza para vencer a la vida. Ambos necesitamos de tu cariño. ¿Por qué no hemos de complementarnos, sin rigor, sin prejuicios, sin egoísmo? Tú serás el ideal, él, el idealista; yo la realidad grosera que les dará bienestar y perfume a los sueños de ustedes, lo mismo que la tierra a las flores.

VIOLETA.- No digas más tonterías, ¿Por qué se te ha ocurrido que no te quiero?

PEDRO.- No digo que no me quieras. Digo que quieres a Héctor... y que sientes más cariño por él que por mí.

VIOLETA.- No es cierto... No pienses más en esas cosas... No seas tonto (*Le pone una mano en la cabeza*). Los nervios te han llenado la cabeza de enredos.

(Entra Héctor)

HÉCTOR.- ¡Violeta!

VIOLETA.- (*Se retira de Héctor y se manifiesta muy alegre*). ¡Oh, Héctor! Siga.

HÉCTOR.- Gracias (*Le muestra un pequeño envoltorio*). Adivíneme que le traigo aquí.

VIOLETA.- ¿Qué cosa? Déjeme ver.

HÉCTOR.- Un momento (*Quita el envoltorio*).

VIOLETA.- ¡Ay! (*Fascinada, moviendo alegremente los hombros*). ¡Un Cupido! ¡Qué blindo! (*Besa al muñeco*) ¡Qué ojitos tiene! Parece triste... ¡Qué boquita! Me la quisiera comer a besos.

HÉCTOR.- Es usted tan infantil... que a veces me da miedo.

VIOLETA.- ¿Miedo?... ¿Y eso por qué?

HÉCTOR.- Por que los niños tienen espíritu de destrucción. No pueden vivir sin despedazar todo lo que cae en sus manos... Y lo despedazan riéndose.

VIOLETA.- Todos tenemos algo de niños.

PEDRO.- Yo creo que es al contrario: que hasta los niños tienen algo de hombres. Ellos destruyen por que el instinto les dice que en el mundo hay que volver pedazos muchas cosas, sin misericordia, con la sonrisa en los labios... Después, cuando reaccionan,

comprenden que para hacer lo que la vida les pide no basta decapitar soldados de plomo.

HÉCTOR.- Dígame, Violeta: ¿Por usted todavía no se han matado los hombres?

PEDRO.- (*Se sienta a leer un periódico*)

VIOLETA.- (*Ingenuamente*). Todavía no.

HÉCTOR.- Porque usted está todavía en la edad de los *muñecos* (*Los ve sobre la mesa y se le acerca*). ¡Pobrecitos!... Este tiene las alas rotas... Este lo volvió usted ciego en un momento de irreflexión. Este otro se ha quedado hasta sin camisa... Y a este se le ha roto la flecha, y se ve tan triste que parece que pronto va a llorar... Ay, Violeta: si usted tiene muy despierto ese instinto tan humano o de que hablamos, ojalá que esos pobres cupidos nunca se convirtieran en hombres.

VIOLETA.- Mire usted la carita que pone el que me trajo, como si nos estuviera escuchando... ¡Tan lindo! ¿Entendió todo lo que ha dicho?... ¿Sí?... ¿Tiene frío?... Voy a ponerle el traje de uno de aquellos (*Desnuda un cupido de los que están sobre la mesa*).

HÉCTOR.- Otro que se queda sin camisa para favorecer al recién llegado.

VIOLETA.- A veces pienso que una no debía tener si no un Cupido... porque así lo cuida una tanto y lo quiere tanto, que no hay peligro de que se rompa (*Con voz quejosa y agraciada, tras breve reflexión*). ¿Y qué hago yo si todos me gustan?

HÉCTOR.- ¿Qué ha de hacer? Si es un capricho, vencerlo. Si es una necesidad, no queda más remedio que los Cupidos se resignen a llevar cada uno su rastro de abandono, y usted a sentir el dolor del afecto que no puede reconcentrarse y se dispersa lo mismo que una flor deshojada, o un vaso de cristal que se rompe.

VIOLETA.- Qué chusco quedo. Voy a mostrárselo a Flora.

(*Mutis de Violeta*)

HÉCTOR.- (*Le pide a Pedro el periódico y se sienta a leerlo*). Qué crimen más extraño. ¿Leíste, Pedro?

PEDRO.- No.

HÉCTRO.- Un hombre ahorcado en el Paseo Bolívar.

PEDRO.- No es raro.

HÉCTOR.- Segundo parece, no fue para robarle... Dice que le encontraron los anillos y la cartera con varios billetes... Que estaban marcados en el suelo unos pies grandes de hombre y uno piececitos de mujer que calzaba tacón alto... Probablemente ha sido un crimen pasional.

PEDRO.- Probablemente... Ahí tienes un motivo de estudio.

HÉCTOR.- De mucha reflexión. ¡No matar! Quizá sea este en verdad el más difícil de cumplir entre todos los mandamientos... La vida es un recinto estrecho donde el universo no cabe; y todas las cosas del universo se atropellan para entrar ahí... y unas entran por sobre las otras, conquistando su vida con la muerte de los demás...

PEDRO.- Por eso critico tanto tus ideas de bondad, de humanitarismo. La vida es cruel, y tenemos por lo tanto que ser crueles para triunfar en ella.

HÉCTOR.- ¿Y no podemos nosotros con nuestra misma fuerza consciente matar esa crueldad, vencer esa fuerza superior, ensanchar el recinto de la vida?...

PEDRO.- *(Hace una mueca escéptica).*

(Entra Violeta).

VIOLETA.- Pedro: te necesitan Flora y el Moncho

PEDRO.- ¿Dónde están?

VIOLETA.- En el patio hablando con la dueña del hotel a ver si nos da aquí una pieza.

PEDRO.- Que arreglen ellos lo que quieran. Yo estoy cansado de entenderme con hoteleros.

VIOLETA.- ¿Qué lee Héctor? ¡Ah! ¿Lo del crimen? ¡Qué horror!... Yo creo que fue por celos.

HÉCTOR.- Es posible

VIOLETA.- Y usted afirmara de seguro que la culpable ahí es la mujer.

HÉCTOR.- *(Sorprendido).* ¿Yo?... ¿Por qué?

VIOLETA.- A juzgar por su libro... Bien claro dice usted que la mujer es la culpable de todo lo malo que sucede en el mundo.

HÉCTOR.- Usted no ha comprendido la obra, Violeta... Me inclino a suponer más bien que usted no la ha leído

VIOLETA.- (*Turbada*). No la pude terminar... Leí apenas unos capítulos... Pero Pedro me contó lo demás.

PEDRO.- Yo nada te he contado. Confiesa la verdad: que se nos perdió el libro.

VIOLETA.- ¿Quieres que confiese la verdad?... Él lo vendió el mismo día que usted lo trajo.

HÉCTOR.- Qué mal amigo.

PEDRO.- LO llevaste en hora demasiado importuna.

VIOLETA.- ¿Quién es entonces la culpable?

HÉCTOR.- En todos los crímenes hay una eterna culpable.

VIOLETA.- ¿No es la mujer?

HÉCTOR.- No, no...

VIOLETA.- Siquiera.

PEDRO.- Es la vida.

HÉCTOR.- La vida es bella y es buena. La culpable de todo es la que tiene esclavizados al hombre y a la mujer, a la vida misma: es la sociedad... La sociedad que por lo mal constituida, en vez de realizar su fin, que es llevarnos a la perfección, surge como un escollo entre nosotros y el derecho a vivir, que es también el derecho a soñar...

VIOLETA.- Diga usted también que el derecho a querer...

HÉCTOR.- Por eso todos, al ir en pos de nuestros sueños, tenemos que ser destructores. Por eso en el corrompido organismo social aparece el crimen como una llaga... Y la sociedad, en vez de curar esas llagas, la oculta, las opprime, y finge salud mientras más se le van ahondando.

VIOLETA.- Entonces en el mundo no hay criminales.

HÉCTOR.- No hay criminales, sino víctimas... víctimas de la sociedad.

PEDRO.- Y debíamos destruirla.

HÉCTOR.- Destruirla no. Purificarla.

PEDRO.- Su mal es incurable.

HÉCTOR.- Decir eso es tener idea muy mezquina de nosotros.

(Flora se asoma a la puerta).

FLORA.- Lo estamos esperando, Pedro.

PEDRO.- Permítame un momento, Héctor.

(Mutis de Pedro y Flora).

(Héctor y Violeta quedan arrobados contemplándose; se acercan... se estrechan la mano).

HÉCTOR.- *(No puede dominarse y le da un beso pasional).*

VIOLETA.- *(Da un suspiro ahogado, lleno de emoción dolorosa, y se recarga temblando contra la cómoda la cabeza entre los brazos).*

HÉCTOR.- Qué tarde te he conocido... *(Se le acerca).* Perdóname... NO quise offenderte... Lo hice sin pensar... Violeta: perdóname.

VIOLETA.- *(Se vuelve hacia él con lentitud y en un impulso lo abraza y lo besa apasionadamente).*

HÉCTOR.- Te adoro con toda mi alma, con toda mi vida...

(Quedan suspensos).

VIOLETA.- *(Insinúa coquetamente otro beso).*

HÉCTOR.- No, Violeta... Es mejor que sigas rompiendo tus cupidos... Vas a causar mucho daño, mucho dolor... *(Se retira de ella y va hacia la mesa).*

VIOLETA.- ¿No me quieres? *(Siguiéndolo ligeramente desconcertada).*

HÉCTOR.- Te quiero tanto, que ahora mismo saldré de aquí para no volverte a ver nunca.

VIOLETA.- *(Con picardía sentimental).* ¿Y si yo te cortara las alas como a este cupido?

(Entra Garza).

GARZA.- El anís Señora Marquesa. *(Lo coloca sobre la mesa).*

VIOLETA.- Démelo *(Se toma medio vaso).*

(Entra Pedro y el Moncho).

PEDRO.- Te dije, Violeta, que no tomaras más.

VIOLETA.- *(Ríe medio ebria)*. ¿Quién es usted para venirme a mandar así?

PEDRO.- *(A Garza)*. ¿Pero tú estás ciego? ¿No sabes que esta criatura es loca? ¿Para qué le trajiste más anís?... ¿No comprendes que le hace daño tomar tanto?

VIOLETA.- *(Muerta de risa)*. Está ciego el pobrecito... está ciego...

MONCHO.- *(A Garza)*. Mirá como sos. ¿Para eso me fuiste a dar el sablazo?

VIOLETA.- *(Hablando al Moncho)*. ¡Ah! ¿Lo pago al Moncho? Hubo un descamisado... Lo mismo que los cupidos... Lo mismo... *(Se lleva la botella a los labios)*.

PEDRO.- *(Enérgico)*. No tomes más

VIOLETA.- Si tomo *(Hace mesurados ademanes de embriaguez)*.

PEDRO.- Dame la botella.

VIOLETA.- *(La esconde a la espalda)*. Solo Héctor se la puede quitar.

PEDRO.- *(En un arranque furioso de celos se precipita a quitarle la botella)*. No me gusta repetir las cosas.

GARZA.- *(Lo detiene y le hace reflexiones para que se calme)*.

MONCHO.- Se armó la bronca, pues...

VIOLETA.- *(Luchando con Pedro loca de risa)*. No, no... Solo a Héctor... No te la doy... Aunque me ofrezcan regalarme la máquina de hacer monedas falsas...

(Sorpresa general).

PEDRO.- *(Alarmado, en voz baja)*. Cállate... Estás borracha.

VIOLETA.- No he dicho nada malo... ¿Qué tiene hacer monedas falsas? ¡Nada!... No sé por qué las esconden. *(Levanta el ladrillo y les da punta pies a las monedas, después de tirarlas por lo alto)*. Ahí están... ja, ja, ja... Ahí están todas...

PEDRO.- Calláte o te mato

MONCHO.- *(Corre a cerrar la puerta y abre la barbera)*.

VIOLETA.- No me callo... Aunque me ahorques... como lo hiciste con el costeño que está aquí en el periódico... ¿Quieres que lo diga más duro?... El costeño que te ayude a matar anoche... ja, ja, ja...

HÉCTOR.- ¡Cállese usted Violeta, por favor!

VIOLETA.- Si usted me lo pide si... Pero no hay para qué... ja, ja, ja... Si no somos culpables... Somos víctimas... nada más... que víctimas... ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja... (*Se recarga en Héctor*).

TELÓN RÁPIDO

TERCER ACTO

(La misma decoración del segundo acto. La acción comienza pocos minutos después de que este ha terminado y están es escena los mismos personajes. Héctor y Pedro se hallan cabizbajos y meditativos; Moncho se ocupa en recoger las monedas y colocarlas de nuevo en su escondite; Violeta, sentada, llora a lágrima viva y Garza se inclina ante ella).

GARZA.- No llore usted, Señora Marquesa... No ha hecho usted ningún daño... Aquí no ha habido más testigos que un sociólogo y un poeta... y ambos estamos más allá del bien y del mal.

VIOLETA.- *(Con hipidos).* Usted tiene la culpa Señor Duque.

GARZA.- Sí. Cúlpeme usted a mí de todo, Señora Marquesa... pero no se aflija... Cuando usted pierde su alegría, el mundo me parece demasiado prosaico.

HÉCTOR.- *(Poniéndole a Garza una mano en el hombro).* Poeta: es mejor que la deje en paz... mientras se calman los nervios... *(Lo tira de un brazo).* Ven para afuera conmigo.

(Mutis de Garza y Héctor).

MONCHO.- Por poco nos mete en la grande.

PEDRO.- *(A Violeta).* Déjate de remilgos y piensa un poco más lo que haces... Ahora quedamos vendidos a este par de mequetrefes... Y si alguien más te hubiera oído, nos habría costado el chiste más caro de lo que te imaginas.

VIOLETA.- No se volverá a presentar la ocasión.

PEDRO.- Ojalá... Porque de lo contrario...

VIOLETA.- ¿De lo contrario qué?

PEDRO.- Mejor sería que no te volvieras a dejar ver la cara.

VIOLETA.- No me la volverán a ver nunca, porque me voy *(Se pone en pie)*. Ahora mismo.

PEDRO.- No he querido darte a entender eso.

VIOLETA.- Yo lo he entendido así... Ya son muchas veces que me lo has dicho y no quiero que tengas que repetirlo más. *(Se acerca al sitio donde ha puesto toda su ropa y la va colocando sobre la mesa).*

PEDRO.- ¿Qué vas a hacer?

VIOLETA.- ¿Necesito decirlo dos veces? A irme

PEDRO.- ¿Para dónde?

VIOLETA.- No sé.

MONCHO.- ¡Eh! Y está aprendiendo las mañas de Flora... Cada vez que le doy su paliza arregla los trapos y se va... hasta la puerta de la calle... pero de ái no pasa.

VIOLETA.- Yo si pasaré.

PEDRO.- Escucha.

VIOLETA.- No me hables más... todo ha terminado entre los dos.

PEDRO.- Estás borracha todavía.

MONCHO.- No le hagas caso porque es pior... Déjala arreglar todos los trapitos, Pa que se desahogue... Después yo la convenzo... Andá pa fuera.

PEDRO.- *(Aparta a Moncho mientras sale).* No hay que dejarla ir... por ningún motivo.

MONCHO.- De eso yo me encargo.

(Mutis de Pedro).

VIOLETA.- Váyase usted también.

MONCHO.- ¿Pero es verdá que usté se quiere ir?

VIOLETA.- No tengo que darle a nadie explicaciones.

MONCHO.- Violeta: aproveche esta oportunidá y hagamos lo que le dije.

VIOLETA.- ¿Qué cosa?

MONCHO.- Nos vamos juntos a correr la suerte... Dejamos a Flora y a Pedro pa que se arreglen como más les guste... Oiga lo que se me ocurre: usté se va de aquí como si peliara con todos; se lleva la plata, los frascos y la maquina entre su ropa.

VIOLETA.- ¿Cómo el costeño, no?

MONCHO.- Esu es... bien caro le costó habernos dado el ejemplo... Me espera a la vuelt'e la esquina... Tomamos un tren esta misma tarde y nos vamos a buscar los frijoles a otra parte. Yo le aseguro que los dos trabajando de acuerdo nos hacemos millonarios.

VIOLETA.- ¿De veras?

MONCHO.- De más... Yo le aseguro que si hace to lo que yo le diga, podemos hasta comprar el castillo ese por onde usté va a andar como Dios la echó al mundo.

VIOLETA.- Lo mejor es que me deje ahora en paz.

MONCHO.- ¿Le digo a Pedro que usté se va?

VIOLETA.- Dígale que me voy.

MONCHO.- Así me gustan las mujeres; que no piensen tanto las *cosas* (*Le toma una mano*). ¿Entonces á la vuelt'e l'esquina, no?

VIOLETA.- Suélteme. ¿Que se está creyendo?... Me voy, pero sola.

(Entra Flora).

FLORA.- ¿Violeta: que te vas?

MONCHO.- No se va... Son cuentos... Es que ya aprendió a vos las malas mañas.

VIOLETA.- Bueno: ya le dije que me dejara en paz. Déjeme sola con Flora, que quiero arreglar mis cosas.

MONCHO.- Ta gueno... Si quiere voy a atraerle el camión...

(Mutis de Moncho).

VIOLETA.- ¿Qué te dijo Pedro?

FLORA.- Esta afanadísimo... Lo ha tomado en serio.

VIOLETA.- Es en serio

FLORA.- *(Sorprendida).* ¿En serio, ala? De modo... ¿Que te arreglaste con el otro?

VIOLETA.- No. ¿Por qué?

FLORA.- Nosotras no soltamos un bocao mientras no tenemos el otro en los carrillos.

VIOLETA.- Supongo que, al verme salir sola de aquí, no me dejara ir al arroyo.

FLORA.- ¿Y no te da miedo que puedan tener un encontrón él y Pedro?

VIOLETA.- No... A mí me gusta que los hombres peleen... Así sentimos que nos quieren más.

FLORA.- Aprovechada... Cómo sabés sacar partido de las situaciones.

VIOLETA.- Yo estoy segura de que Héctor no me dejara ir sola... pero sin embargo... te diré: de lo que tengo miedo es de que su cariño no sea tan grande como el mío; de que me haga la humillación de considerarme como una mujer cualquiera, y mañana me deje porque sí, porque le canso... o porque le da vergüenza vivir conmigo.

FLORA.- Por eso no te afanés... Hay más hombres que campanadas en día de ánimas.

VIOLETA.- Eso puede decirse cuando una va ciega por la vida, sin querer a nadie; pero cuando se quiere a un hombre con locura, lo llevamos siempre metido aquí (*Se toca el corazón*) y aquí (*se toca la cabeza con el puño cerrado*) y no solo necesitamos tenerlo junto a toda hora, sino que sentimos celos hasta de sus pensamientos... no podemos resignarnos a que nos trate como a una del montón. No, no es posible... Yo lo adoro, y lo conquistaré para mi sola, aunque me cueste años... aunque me cueste toda una vida... aunque haga su desgracia...

FLORA.- Andá con cuidao, no te enamorés de a mucho sin saber a qué atenerte, porque los hombres son todos muy malas pavas. ¿Vos crés que a mí no me dan ganas también a veces de dejar esta vida perra?... Pero comprendo que es mejor malo conocido que bueno por conocer.

VIOLETA.- En fin: que pase lo que pase. Ayúdame a hacer el equipaje.

FLORA.- ¿En qué lo vas a llevar?

VIOLETA.- Eso es lo que estaba pensando... ¿Tú tienes una maletica?

FLORA.- tengo una boleta... puedo ir en un momento a la empeñaduria... Aguardá... uno... dos... tres... cuatro... cuatro meses y medio... Sí se puede sacar... Voy.

VIOLETA.- No. No hay necesidad... haré un atadito... Es muy poco lo que tengo. Casi todo lo mío se ha ido quedando regado para salir de apuros... Lo que me queda cabe en un periódico.

FLORA.- No hay más que el del cuento del costeño, ala.

VIOLETA.- Dámelo.

FLORA.- Aquí está.

VIOLETA.- ¿Qué te pasa?... ¿Lloras?

FLORA.- Yo no creo que estés hablando enserio... y sin embargo...

VIOLETA.- Vamos a seguir muy amigas... viéndonos con frecuencia.

FLORA.- Te he cogido tanto cariño... y sé que te vas a olvidar de mí.

VIOLETA.- *(Abrazándola)*. ¡No me olvido!... ¡No me olvido!

FLORA.- Sí. Tal vez te acordaras de mí; pero no volveremos a vernos... porque él no te dejara.

VIOLETA.- ¿Por qué no?

FLORA.- Yo sé que no te dejara... Él no piensa como nosotros... y lo más seguro es que considere una mala mujer... Y yo no soy mala.

VIOLETA.- No llores más... Alcánzame las cosas *(La besa)*.

FLORA.- Los zapatos... las blusas... el traje azul... esas cajitas...

VIOLETA.- *(Abre una caja)*. Esta medallita es de oro. Me la regalo mi mamá... es lo único que he podido esconderle a Pedro para que no me la empeñe.

FLORA.- ¡Que linda!

VIOLETA.- Te la regalo... para que veas que te quiero mucho... y para que te acuerdes de mí siempre.

FLORA.- *(Aumentando su aflicción)*. Gracias

(Entra Garza).

GARZA.- No es posible, no... ¿Es verdad lo que me ha dicho Pedro?... ¿Qué usted quiere abandonarnos, Señora Marquesa?

VIOLETA.- Es la pura verdad... Y le advierto que ahora no estoy en ánimo para escucharle sus tonterías... No te vayas Flora.

FLORA.- *(Enjuagándose las lágrimas)*. Vuelvo dentro de un momento... Voy a decirle a Pedro que... es cierto que te vas... y a darle a guardar esto a alguien, porque si me lo ve Moncho, me lo quita en el primer apuro.

(Mutis de Flora).

GARZA.- De sólo pensar en que puedo perderla usted, siento que me voy a volver loco.

VIOLETA.- Es inútil todo lo que me diga para tratar de convencerme.

GARZA.- Si usted no quiere seguir viviendo con Pedro, le ofrezco mi casa. Es tan solo un cuartucho miserable, con tres meses de alquiler atrasados. Nada más puedo ofrecerle, porque nunca me he preocupado de mí mismo... Me ha hecho falta un cariño, un ser por quien luchar.

VIOLETA.- Es mejor que no lo busque, porque le da muchos dolores de cabeza.

GARZA.- Toda pena que usted me causara, sería para mí la mayor felicidad... La vida sería para mí el más bello regalo de la naturaleza si yo pudiera tener siempre enlazado su cuerpecito entre mis brazos... en un estrecho abrazo que la rodeara dos veces.

(Intenta abrazarla por el cuello y ella se le escurre con suavidad gatuna dejándole con los brazos cruzados en el vacío).

VIOLETA.- ¡Uy! ¡Me pone usted nerviosa!

GARZA.- Piénselo usted bien, Violeta... Yo soy el único hombre que la comprende como usted se merece, el único que puede inmortalizarla en una estrofa... Si yo no le inspiro amor, seré para usted un hermano... Mi vida no tendrá más objeto que velar por la suya... Si no me quiere dar su ternura, me conformaré con sus ultrajes... y ambos adormeceremos nuestras penas buscando la felicidad más allá del amor.

VIOLETA.- ¿Eso cómo?

GRAZA.- Le enseñaré a usted secretos que divinizan la materia, esta materia vil... y causan un éxtasis que hace olvidar todos los sufrimientos y nos convence que no estamos hechos de carne, sino de alma...

VIOLETA.- ¿Para qué habla usted tanto en vano Señor Duque?

GARZA.- *(Enjuagándose las lágrimas).* ¿En vano?... ¿Siempre en vano?

VIOLETA.- ¿Qué culpa tengo yo de no quererlo?

GARZA.- El amor nada importa. Es vulgar, indigno de espíritus refinados como los nuestros. Ya le he dicho a usted que conozco néctares que están más allá del amor.

VIOLETA.- Más allá del amor no creo que haya nada... absolutamente nada... absolutamente nada... Váyase, Señor Duque. Déjeme acabar de hacer el equipaje.

GARZA.- Lo que más me desespera es que usted se va con Héctor... y yo sé que él no la quiere.

VIOLETA.- (*Tapándose los oídos*). No me diga nada más.

GARZA.- Óigame. (*Trata de quitar las manos de los oídos*).

VIOLETA.- No, no...

(*Entra Héctor*).

GARZA.- (*Soltándola*). ¡Ah! Ilustre sociólogo...

HÉCTOR.- Poeta ilustre...

(*Todos se sientan. Pausa larga y exasperante. Violeta y Héctor cambian una mirada de doble intención*).

VIOLETA.- ¿No va usted a comer Señor Duque?... Ya es hora.

GARZA.- No tengo apetito (*Saca un periódico del bolsillo*).

(*Pausa desesperante*).

HÉCTOR.- Perdona si te soy franco, Garza, ¿Querrías hacerme el favor de dejarme a solas con Violeta?

GARZA.- No creo ser un estorbo.

HÉCTOR.- Con toda sinceridad te diré... que si lo eres.

GARZA.- Pues... (*Guarda el periódico*). No tengo inconveniente (*Medita antes de ponerse en pie; luego se dirige a Violeta*). Señora Marquesa: con su permiso... Suceda lo que suceda, no olvide usted que tiene en mí al mejor, al más desinteresado de sus amigos.

VIOLETA.- Gracias, Señor Duque.

GARZA.- No hay de qué, Señora Marquesa.

(*Garza hace medio mutis mientras Violeta Y Héctor lo miran alejarse; súbito da media vuelta y los otros vuelven rápidamente la cara para otro lado*).

(*Mutis de Garza*).

HÉCTOR.- Ven acá, Violeta... Cuéntame lo sucedido, punto por punto... Háblame... como a un hermano (*Se acerca a ella*).

VIOLETA.- (Con profunda timidez y contrariedad). ¿Cómo a un hermano?

HÉCTOR.- ¿Te disgustaría que fuéramos hermanos?

VIOLETA.- No sé... (Baja la cabeza y le agarra a Héctor la punta del saco). ¿Y te dijeron que me voy de aquí?

HÉCTOR.- ¿Para dónde?

(Pausa)

VIOLETA.- (Suspirando). No faltará... El mundo es grande... En último caso me iré al arroyo.

HÉCTOR.- ¿Cómo al arroyo? ¿Crees que voy a permitírtelo?

VIOLETA.- Soy libre. Puedo hacer mi voluntad.

HÉCTOR.- Tu voluntad la harás cuando pienses mejor las cosas, cabecita loca. Mientras tanto podrás hacer tu capricho.

VIOLETA.- Déjame.

HÉCTOR.- ¿Por qué te disgustas conmigo?

VIOLETA.- Hay cariños que parecen vacilar a la hora de la prueba.

HÉCTOR.- Violeta: al estar tú solita en el mundo, ¿Qué mayor dicha podría yo ambicionar que consagrarme a ti en cuerpo y alma?... Pero...

VIOLETA.- Bien claro me das a entender que todo lo que has dicho es mentira. (Se acerca a la mesa. Héctor la sigue).

HÉCTOR.- Te equivocas. Piensa bien las cosas. Lo que pasa es que entre los dos hay otro amor en pie... Pedro te quiere... Yo no tengo derecho para robarle tu cariño... Además, tú le quieres... Consulta tu corazón... Y sigue mi consejo: ya que eres tan infantil, procura seguir jugando con tus cupidos... No empieces a jugar con los hombres.

VIOLETA.- (Toma con dulce picardía el cupido que le regaló Héctor, y lo acaricia bajando tímidamente los ojos). Ahora solo voy a tener uno... para consagrarte toda mi atención... y todo mi cariño...

HÉCTOR.- Así debe ser... De esa manera no lo romperás nunca... y cuando lo cambies por un hombre, habrá menos peligro de que le destroces el alma... (Pausa. Los dos quedan arrobados contemplándose). Voy a llamar a Pedro.

VIOLETA.- *(Con amargo recelo).* ¿Para qué?

HÉCTOR.- Para decirle que ya estas formalita... que ya pasó todo... que era mentira lo de la fuga...

VIOLETA.- *(Airada).* No... No le digas nada... Y déjame sola.

HÉCTOR.- No quise ofenderte.

VIOLETA.- Yo pensé que deberás podía contar con su cariño... Bueno es saber a qué atenerse... Comprendo que hoy solo me espera la calle; que mi único camino es volverme una mujer perdida.

HÉCTOR.- Entendámonos...

VIOLETA.- Yo no sigo viviendo con Pedro... porque no lo quiero... ni lo he querido nunca... lo seguí porque me sentía muy abandonada y él me dio esperanza de ver otros mundos. De ir a buscar a otra parte el amor a que todos tenemos derecho... Comprendo que me equivoqué; pero ahora prefiero volver a la calle, antes que seguir siendo la cómplice de ese hombre.

HÉCTOR.- ¿Te consideras perfectamente libre?

VIOLETA.- SÍ.

HÉCTOR.- Entonces...

VIOLETA.- Entonces... ¿Qué?

HÉCTOR.- *(Estrechándole las manos suavemente).* ¿Quieres... ser mía?

VIOLETA.- ¿No me engañas?

HÉCTOR.- ¿Por qué voy a engañarte... mi amor... mi único amor?

VIOLETA.- *(Quejosa).* Tú me dijiste una vez que no querías a las mujeres... que tu novia era la humanidad.

HÉCTOR.- ¡La humanidad!... Te dije un absurdo... Uno ni siquiera sabe lo que es la humanidad cuando no ha querido a una mujer con toda su alma.

VIOLETA.- *(Le tapa los ojos).* No me mires. Me da mucha vergüenza.

HÉCTOR.- Pobrecita mía.

VIOLETA.- No me engañes, Héctor.

HÉCTOR.- ¡Engañarte!... Si te adoro, si desde que te conocí no tengo vida, no tengo voluntad.

VIOLETA.- Es que... soy tan feliz... que no lo puedo creer... El mundo no puede ser tan bueno...

HÉCTOR.- El mundo no; ¿Pero yo?

VIOLETA.- No soy digna de tu cariño... Han arruinado mi vida.

HÉCTOR.- Por eso, por eso te quiero; porque necesitas amor grande y te lo niegan; porque en ti se ahogan muchos sueños puros. Soy el llamado a sacarte de este ambiente en que caíste, en que la miseria social te hizo caer.

VIOLETA.- Sácame, sí. Yo necesito eso: algo grande. Dicen que soy una mariposa... Era que andaba desorientada, buscando esas palabras que me acabas de decir... Yo viviré a tu lado como un perro fiel, ocúltame, para que no tengas que avergonzarte de mí.

HÉCTOR.- ¿Por qué he de avergonzarme de ti?

VIOLETA.- Porque... mi pasado...

HÉCTOR.- Yo no tengo que ocultarte, ni porque ocultar tu pasado. Al contrario; quiero que todo el mundo sepa lo que eres: una víctima de la injusticia humana, un ideal pisoteado a quien yo quiero defender... Tú serás mi mejor obra... tal vez mi única obra... porque ahora creo que el mundo sería justo, ¿Sabes cómo, Violeta?

VIOLETA.- ¿Cómo?

HÉCTOR.- Si en vez de predicar nobleza a los cuatro vientos, de pie sobre nuestro mezquino egoísmo, cada cual se ocupara en poner dentro de sí mismo un poco de justicia y de amor verdadero.

VIOLETA.- Amor mío...

HÉCTOR.- Pero, Violeta: aunque tú no quieras a Pedro; aunque él no se haya portado contigo como debería, yo soy un hombre leal. Antes de que des un paso afuera de aquí, debemos sincerarnos con él.

VIOLETA.- No le hables tú... Yo le diré todo.

HÉCTOR.- Le hablaremos ambos. (*Se asoma a la puerta*).

VIOLETA.- (*Asustada*). ¡No, no, por Dios!

HÉCTOR.- Pedro: ven acá.

(Entra Pedro).

VIOLETA.- ¿Qué hay?

HÉCTOR.- (Tímida). Que... me voy... con Héctor.

PEDRO.- ¿Cómo?

HÉCTOR.- Connigo, si... A menos que tú te opongas con fundado motivo. Te he llamado para que entre los tres haya una explicación que ponga las cosas en claro... Violeta dice que...

PEDRO.- Bien comprendo que no tengo derecho a detenerla; pero sí a juzgar que en esto no ha habido mucha lealtad de parte tuya ni de parte de ella... La resolución es demasiado rápida para qué pueda interpretarse bien... ¿A qué fingir, si aquí todos podemos estar con la careta baja? Puedes llevarte a Violeta; pero no necesitas engañarme. Todo esto ha sido un plan.

HÉCTOR.- Eso lo considero un insulto, Pedro.

VIOLETA.- ¿Y suponiendo que así fuera?

PEDRO.- Suponiendo que así fuera, tú serías una perdida

VIOLETA.- (Por lo bajo, haciendo trompa). Mmm...; Por cierto.

HÉCTOR.- Estás en el derecho de suponer lo que quieras; pero no en el de insultarla delante de mí.

PEDRO.- Eso es lo que falta ver. (Se lleva la mano al bolsillo de atrás).

VIOLETA.- (Al ver que van a pelearse lanza una sorda exclamación y corre asustada hacia la puerta).

(Mutis de Violeta).

HÉCTOR.- (Impasible, acercándose a Pedro con el pecho descubierto). Lo que deseaba tener contigo no es una riña: es una explicación... (Pausa). En vez de apelar a la violencia, lo que debemos hacer es poner en claro nuestros sentimientos... En vez de matar ciegamente, busquemos donde está el amor para darle vida, aunque sea a costa de algún sacrificio... Ante todo necesito que creas en mi lealtad... Te juro que soy y siempre he sido para ti un amigo leal.

PEDRO.- Está bien.

HÉCTOR.- Yo adoro a Violeta... Y mi amor a luchado con mi lealtad hasta hacerme desfallecer... Violeta acaba de decirme que se va a la calle... y que me quiere... y que no te quiere... ¿Qué harías tú en mi lugar?

(Violeta, extrañada de no sentir el ruido de la pelea, asoma la cabecita y manifiesta viva desilusión).

PEDRO.- Te advierto que ella es una mujer sincera, anormal... ¿Si a ambos nos quisiera?

HÉCTOR.- No querría a ninguno de los dos.

PEDRO.- ¿Por qué?... ¿Quién ha reglamentado el amor?

HÉCTOR.- Nuestro egoísmo. Y lo prueba el hecho de que, a pesar de tus ideas, ibas a agredirme.

PEDRO.- No por egoísmo, sino porque creía ser engañado; y además, porque dentro de nosotros mismos hay un instinto que quiere obligarnos siempre a proceder como brutos, a pesar de nuestras ideas.

HÉCTOR.- Ese instinto es el egoísmo... En el caso de que Violeta nos quisiera a ambos, no querría a ninguno de los dos, porque nos haría enemigos. Aunque nos estrecháramos la mano y procuráramos dominarnos y engañarnos a nosotros mismos, el instinto egoísta estaría siempre en acción, y cada cual trataría de predominar sobre el otro, en una lucha sorda... Ahora te hago yo una pregunta: ¿Estás seguro de quererla?

PEDRO.- Sí.

HÉCTOR.- Lo dudo.

PEDRO.- ¿Por los hechos de mi vida que acabas de conocer?... Te equivocas. Si yo hubiera considerado mala mi vida, habría arrastrado a ella a Violeta por lo mismo que la quería; porque el temor de perder a los seres que amamos no obliga a convertirlos en víctimas de nuestras propias desgracias... Ahora bien, yo tengo la conciencia tranquila, limpia... Yo lucho por la vida a que tengo derecho. Si la sociedad no es equitativa y me niega mis derechos, tengo que atropellarla.

HÉCTOR.- No niego que ella es injusta; pero debemos corregirla con el ejemplo, con el apostolado, con la idea... Está bien que la atropellen los inconscientes que ella misma arrastra al crimen; pero que la atropellen hombres conscientes como tú, que son los llamados a remedirla...

PEDRO.- No seas iluso... no ares en el mar... Es cierto que yo no soy como El Moncho, que hace moneda falsa porque nadie se ocupó de enseñarle otra cosa. Yo fui lo que la rutina llama un hombre honrado... Un día me cansé de trabajar para los demás. Me convencí de que la honradez era un mito; de que la honradez la habían inventado los ladrones para vivir tranquilamente del trabajo ajeno. Comprendí que las leyes no eran más que un recurso para disimular la explotación cobarde de los unos por los otros, implantada por unas cuantas armas de fuego... Yo vi que podía triunfar dentro del formulismo humano; ser un potentado de la bolsa, un gran hombre público, un contratista célebre; pero considere más honrado no escudarme con ninguna ley, matar con mis propias manos, robar sin careta.

HÉCTOR.- Y te has robado a ti mismo; te has robado la satisfacción de ser un hombre superior; hoy eres un hombre común y corriente...

PEDRO.- Mi superioridad consiste en ser humano... Soy humano robando. Soy humano matando; y matando no solo por necesidad, sino también por venganza. Yo, como las sociedades, creo tener derecho a dar la muerte a quien me haga daño... ¿Qué es la pena de muerte sino una venganza de la ley?... Y en los dos casos, ¿No es más injusta y cobarde la venganza de todos contra uno que la de uno contra todos?

HÉCTOR.- Quizá ambos tengamos la razón... Somos dos extremos que se tocan: lo que la vida es y lo que ella, a través de su dolor, quisiera ser.

PEDRO.- ¿Ahora sí, crees que yo pueda quererla?

HÉCTOR.- Tú lo dices... Entonces... ¿Qué ella elija?

PEDRO.- Que ella elija sí... ¡Violeta!

(Entra Violeta).

HÉCTOR.- ¿Qué debo hacer?

VIOLETA.- *(Mira vacilante a uno y a otro y luego mira a Héctor).* ¿Queda muy lejos tu casa?

HÉCTOR.- Un poco, sí.

VIOLETA.- Ve a traer un coche.

HÉCTOR.- Está bien.

(Mutis de Héctor).

PEDRO.- Violeta: eres una canalla.

VIOLETA.- No me importa tu concepto.

PEDRO.- Creo que tengo derecho que me expliques tu conducta. Tú me dijiste hace un momento que me querías, que Héctor nada te importaba. O mentiste entonces o mientes ahora.

VIOLETA.-Mentí entonces.

PEDRO.- Dime francamente por qué te vas. ¿Tienes miedo de que siga nuestra vida de miseria? Te juro que no nos volverá a faltar nunca nada. Si quieras ahora mismo salgo a robar, a matar... Si quieras mañana mismo tendré todo lo que necesitemos para irnos a donde tú mandes.

VIOLETA.- No tengo afán de irme para ninguna parte.

PEDRO.- T e llevaré al lado de los tuyos. Nos casaremos.

VIOLETA.- *(Riendo)*. Eso es un imposible. Mi familia que iba a recibirme contigo... Eres un aventurero.

PEDRO.- Dejaré de hacerlo si tú lo mandas. Sin ti mi vida no tendrá ningún aliciente.

VIOLETA.- Y mi vida contigo tampoco lo tendrían.

PEDRO.- Con Héctor tu serás desdichada. Yo he dejado tu corazón libre. El no sabrá comprenderte y va a tiranizártelo.

VIOLETA.- Es suyo. Que lo tiranice cuanto quiera. Ni eso has sabido hacer tú.

PEDRO.- Sea como fuere: No te vas. No darás un paso fuera de aquí.

VIOLETA.- Héctor es tan hombre como tú.

PEDRO.- Tendrá que demostrarlo. *(Saca un puñal)*.

VIOLETA.- *(Carcajeándose)*. Y dices que no eres egoísta, que te gusta interpretar la vida con tu propio criterio, sin violentarla... La estas interpretando como los imbéciles.

PEDRO.- *(Desconcertado y descorazonado)*. Tienes razón, Violeta... Pero no creas que el apelar a la violencia iba a defender mi pasión. A veces somos fieras para defender un sueño altruista. Al ver que te ibas, no pensé que eras tú lo que perdía, sino el sueño de que te hablaba hace poco; ese sueño irrealizable de armonía, en que florecían en una sola fuerza tu amor, tu idealismo y mi bestialidad... Ahora comprendo que al matar también moría ese sueño... Es mejor que viva, aunque sea trunco: que tú, el ideal, y él idealista, vivan con el tormento, con la debilidad de una ilusión irrealizable... Vete, pues.

(Entra Moncho).

MONCHO.- ¿Qué' hubo?... Lo que yo dije eran cuentos...

PEDRO.- Violeta nos deja... Se va con Héctor.

MONCHO.- ¿Con el zoquete ese?... ¿Y voz te quedas cruzado de brazos?... ¿Para eso te enseñe a manejar la barbera?... No sabía que los Bogotanos fueran tan flojos... ¿O es que estas esperando que yo te ayude?... Que venga cualquier filipichín a quitarme a mí a la mujer, a ver con quien se les entiende.

PEDRO.- Cállate Moncho.

MONCHO.- ¿O es que no sabes matar sino a traición... y a media noche?

PEDRO.- *(Iracundo, sacudiéndolo como una pluma).* Sé matar más que tú... y si sigues hablando te mato...

MONCHO.- Bueno, pues... No hablo... no sea que paguen justos por pecadores. Además, yo no gasto la barbera con los amigos ni pa afeitarlos...

PEDRO.- Yo ya maté... maté lo más grande que podía matar: mi felicidad... En estos casos, los hombres que como tú nada piensan y nada comprenden, deben callarse.

MONCHO.- Bueno, pues...

PEDRO.- A veces se necesita más valor para darle vida a un sueño que para darle muerte a un hombre.

MONCHO.- Bueno, pues... Por eso no peliamos... Entonces, yo como no entiendo de esas cosas. *(Se dirige a Violeta)* me limito a decirle a usted que le valla muy bien...

(Entra Garza).

GARZA.- Violeta: piense usted mucho lo que hace... Le repito: Héctor no la quiere... No en todas partes encontrará usted quienes comprendan, como nosotros, la poesía de su alma.

PEDRO.- Te equivocas, poeta. Quizá es aquí donde nadie la comprende... Por eso la hemos visto siempre mariposear entre nosotros como esos deseos que nunca se alcanzan. Ella no le pertenece al mecanismo de hombre ignorante *(señala a Moncho)*, ni a los pies de hierro del hombre fuerte, ni a la imaginación absurda de un poeta: ella es como la utopía: sólo puede vivir al lado de un iluso.

(Entra Héctor).

HÉCTOR.- Ya está aquí el coche.

PEDRO.- Héctor: perdóname si al principio estuve duro contigo... La sorpresa, o el egoísmo, como tú dices, me cegaron... A hora comprendo que ella tiene razón. Tú eres su complemento. En ti hallará, no la felicidad, porque esta no existe, sino la paz insípida de los sueños que se vuelven realidad.

HÉCTOR.- ¿Amigos?

PEDRO.- Hermanos (*Se abrazan*). Llévatela... Merece tu cariño, y tú eres el único que la merece a ella... Para nosotros, la verdad desnuda, la soledad... Quizá yo desde lejos, sin que me vean, sin que me oiga, pueda enviarles esa fuerza con que quise defender sus ilusiones... y contribuya así, aunque muy débilmente, a esa trinidad que soñé por unos segundos.

GARZA.- (*A Héctor*). Perdóname que me entrometa... Te hablo de corazón... Si lo tuyo es una aventura nada más, si no quieres a Violeta con toda el alma, no la saques de aquí.

HÉCTOR.- Tú sueñas poete (*A Garza*). Te juro que la haré feliz.

PEDRO.- Así te la entrego. De hombre a hombre... Ese juramento lo tendré siempre presente... Si lo rompes, me verás la cara otra vez. Ahora, otro abrazo.

HÉCTOR.- De hermanos, sí.

GARZA.- ¿Violeta: va a dejar casi llena la última botella de anís que le he obsequiado en la vida?... ¿Me hará ese desprecio?

VIOLETA.- No señor Duque... Sírvanos, Pedro.

FLORA.- (*Reúne todos los recipientes útiles para el caso: copas, vasos, tarritos, un pedazo de botella, una jabonera*).

PEDRO.- (*Sirve*).

GARZA.- (*Distribuyendo*). Vamos a enterrar nuestros pobres títulos con la última copa... La Señora Marquesa del Verso y el Duque del Anís ¡Han muerto!

MONCHO.- ¡Que mujeres! Cuando uno menos lo piensa juegan con nosotros.

VIOLETA.- (*Picarescamente*). Es que ahora los hombres se han vuelto a convertir en cupidos.

FLORA.- Por tu felicidá, ala.

VIOLETA.- Gracias.

GARZA.- (*A Héctor*). Tú eres aquí el triunfador. Te daré la única copa que no esté rota.

HÉCTOR.- Gracias poeta. Yo no tomo.

PEDRO.- Esto no es licor, Héctor. Es una ilusión... En fin: no tomes... Resulta muy humano... Eres el único de todos nosotros que ve su ilusión realizada... No tomes... (*Todos quedan con su copa en la mano, sin saber qué hacer ni qué decir*).

FLORA.- (*Rompe a llorar*).

GARZA.- (*Brindando*). ¡Hermanos!... Todos hermanos... ¡Qué juntos estamos!... ¡Pero qué solos!... ¡Qué pálido es el anís!... ¡Así es el color de los difuntos! ¡En cada uno de nuestros corazones hay ahora un difunto!

(*Toman*).

FLORA.- (*Recibe las copas*).

VIOLETA.- ¿Nos vamos?

HÉCTOR.- ¿Traes algo?

VIOLETA.- (*Tomando el atado que hizo*). Este bulto nada más.

GARZA.- Adiós, Violeta. Se acabó el Señor Duque... Ahora me quedo solo... Mi misión en la vida siempre ha sido estar solo... Que sea usted tan feliz como se merece.

VIOLETA.- Adiós, Señor Duque.

GARZA.- Adiós, Señora Marquesa.

VIOLETA.- Moncho: mucha suerte.

MONCHO.- Así le digo yo. Ojala que no siga usted como nosotros: de mal en pior.

VIOLETA.- (*Abraza y besa a Flora repetidas veces*).

FLORA.- (*Corresponde llorando con el mayor desconcierto*).

VIOLETA.- Pedro, adiós. (*Le tiende la mano*).

HÉCTOR.- Despídete de Pedro con todo cariño... Dele un beso.

VIOLETA.- (*Lo besa en la mejilla, muy avergonzada*).

PEDRO.- (*Tomándole la cabeza y besándola en la frente con amor intenso*). Adiós... Adiós... ¡Mi vida!... (*Se retira a un extremo de la habitación y da un hondo sollozo*).

VIOLETA.- (*Con su bultico en una mano y el cupido que le regalo Héctor en la otra, va haciendo mutis*).

HÉCTOR.- (*La sigue*).

FLORA.- Se te quedan tus cupidos, Violeta. (*Toma en las manos tres cupidos, y los muestra a Violeta haciendo grupo con Pedro, Moncho y Garza*).

VIOLETA.- (*Mira con tristeza, primero a los cupidos, luego a sus compañeros, y enseguida manifiesta una suave despreocupación*). Déjalos ahí... Me llevo este nada más...

TELON LENTO

FIN DE LA OBRA